

Biblioteca Contemporánea  NARRATIVA

# Todos los días lo mismo

PIERRE AUTIN-GRENIER



Traducción  
MAXIME BONACHERA  
EUGENIA PÉREZ ALZUETA  
IGNACIO RODRÍGUEZ

Dedalus Editores 



EDITORIAL  
CUARTO PROPIO

**Autin-Grenier, Pierre**

Todos los días lo mismo. - 1a ed. - Buenos Aires : Dedalus, 2014.  
140 p. ; 20x13cm.

Traducido por: Ignacio Rodríguez  
ISBN 978-987-28200-2-2

1. Literatura Francesa. I. Rodríguez, Ignacio, trad. II. Título  
CDD 840

« Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'aide à la coédition Jules Supervielle, a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication de l'Institut français ».

"Esta obra, publicada en el marco del Programa de ayuda a la coedición Jules Supervielle, cuenta con el apoyo de los Programas de ayuda a la publicación del Institut français".

Título original: *C'est tous les jours comme ça*

© 2010, Finitude.

© de la traducción: Maxime Bonachera, Eugenia Pérez Alzueta, Ignacio Rodríguez

1ª edición: enero de 2014

© Reservados todos los derechos de esta edición para América Latina

© Dedalus Editores

Felipe Vallese 855, Buenos Aires, Argentina

info@dedaluseditores.com.ar

www.dedaluseditores.com.ar

© Cuarto Propio

Valenzuela Castillo 990, Santiago, Chile

www.cuartopropio.cl

Diseño de cubierta: Crudele Ribeiro Diseño

Ilustración de cubierta: Inés Isaurralde

Diagramación: Ignacio Rodríguez

ISBN 978-987-28200-2-2

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, digital, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Biblioteca Contemporánea  NARRATIVA

# Todos los días lo mismo

*Las últimas notas de Anthelme Bonnard*

PIERRE AUTIN-GRENIER

SIN VALOR  
COMERCIAL

Traducción

MAXIME BONACHERA

EUGENIA PÉREZ ALZUETA

IGNACIO RODRÍGUEZ

 **Dedalus** Editores



Para Ronan Barrot,  
siempre a la vanguardia.

SIN VALOR  
COMERCIAL



“Hasta aquí, en la tierra, todo desorden ha resultado del hecho de que algunos quisieron poner orden y toda basura del hecho de que algunos quisieron barrer. [...]

El mal no es que el mundo esté gobernado con tan poca cordura. El mal es que, aunque poco, esté gobernado”.

DEZSÖ KOSZTOLÁNYI,

*El traductor cleptómano*





## Colación

Nos encontrábamos reunidos en una vasta sala un poco austera en cuyo centro habían desplegado un inmenso bufé frío para festejar no sé qué evento del que no alcanzaba a apreciar a primera vista su importancia.

Con una lógica impresionante, discursos un poco ampulosos se encadenaban a discursos bastante impostados; todo eso acentuado por entusiastas pero breves aplausos y, para finalizar, nos invitaron a que tuviéramos a bien pasar a sustentarnos.

Ahí fue cuando el hombre en honor a quien se había organizado esa recepción, y que acababa de responder con voz temblorosa a los elogios y

honoros de los que había sido objeto, se lanzó de golpe y porrazo sobre la mujer del jefe. En menos tiempo de lo que tarda decirlo, tras haberla hecho picadillo, la devoró por completo ante nuestros ojos, dejando, luego de haberse saciado, un mísero pedazo de cuero cabelludo y una cartera de piel de cocodrilo.

Ahora, varios años después, relatando esta pequeña anécdota durante mucho tiempo enterrada en mi memoria, recuerdo que aquel día se le otorgaba a ese buen hombre la medalla al trabajo en recompensa a treinta buenos y leales años de servicios prestados en las diferentes cadenas de transformación química de nuestro grupo agroalimentario.

## Paso del tiempo

Cuando salimos él y yo esa memorable mañana de julio, él quería ir a la derecha, y yo por supuesto a la izquierda. Como no tengo un carácter para nada decidido ni dominante sino más bien, en ciertos aspectos, bastante irresuelto por no decir veleidoso, un auténtico corderito, ahí vamos entonces los dos, desde luego, a la derecha. Mal nos hizo sin embargo haber seguido esa pendiente; apenas recorrimos los cien metros que nos separaban de la primera esquina (esa en la que hasta hace poco estaba el bar *El Porvenir*) nos hizo frente una grieta de una profundidad infernal abierta en el mismísimo asfalto hirviendo por el sol. Es cierto que son cosas que pasan con frecuencia

en nuestras ciudades de entreguerras, y no menos cierto que de sopetón quedamos como dos giles y con la moral por el piso; muy perplejos también en cuanto a la postura a adoptar frente a ese repentino problema. ¿Seguir cueste lo que cueste y hundirnos en el centro de esa grieta con la esperanza insensata de llegar un día a la otra vereda, corriendo el riesgo de gastar en este asunto muchas de nuestras jóvenes energías, o tal como lo postulé de entrada, renunciar, volver sobre nuestros pasos y retomar tranquilamente mi idea original?

Desgraciadamente era desconocer la diabólica obstinación de mi compañero, y ni qué decir de su orgullo de machito susceptible, siempre encaprichado en sus errados razonamientos. Argucias, vanas súplicas, todo inútil, y ante mi gran pesar lo vi desaparecer en el profundo abismo con la absoluta seguridad de quienes no se dejarán intimidar nunca por inconvenientes cotidianos ni temores venideros. ¡Andá con Dios! Pensaba

mientras pegaba la vuelta y ponía al mal tiempo buena cara.

Decir los años pasados desde esa mañana de julio de la cual conservo sin embargo el fiel recuerdo en un rincón de mi memoria, como uno conserva sin saber bien por qué una baratija que encuentra en la feria de antigüedades, sería confesar una edad que se volvió inconfesable. ¡Cuál no fue mi sorpresa al encontrar esa noche a mi viejo amigo en una de esas curiosas casualidades de copas! El pelo ahora ceniciento y la mano ligeramente temblorosa para levantar el vaso, pero siempre fuerte como un roble como le digo por cumplido. “Los años pasan, me dice mientras le hace al mozo la seña de otra ronda, es imperioso, como ves, que cada uno se tome su tiempo”. Y al respecto me explica seriamente que recién acaba de salir del agujero, y que por fin alcanzó, hace apenas dos días, la vereda de enfrente. Me vi obligado a confesarle que, durante todo ese tiempo, ni yo mismo había dado tres vueltas enteras al barrio.

## Monstruo

“El pato de Barbarie deambula desde el alba hasta el ocaso sin hacer un pomo, el pamporcino en la maceta se contenta inmóvil con llevar a una esquina del living un poco de luz, y ni qué hablar del joven pianista de al lado que pasa jornadas enteras repitiendo su Jeropa en pinga menor sin signo alguno de agotamiento, ni de los indios cherokees sentados en el suelo con las piernas cruzadas bajo el tipi, fumando sus calumet tranquilos esperando la lluvia. Un pintor, dale una tela, tres témperas de color, deslízale entre las patas un pincel: en dos patadas y sin esfuerzo se manda un Picasso. De hecho el poeta es el único que está pendiente de la mañana a la noche y de

la noche a la mañana de hacerse cargo del vasto trastorno del mundo y, con solo un puñado de palabras, ponerlo en música”.

La mayor parte de las veces cuando me empiezo con sus fantasías de rimador maldito y con su obra todavía ignorada por los incrédulos, sus temas favoritos, entonces me las arreglo siempre para sugerirle, entre dos peroratas delirantes, una partida de monstruo sabiendo de sobra que es uno de sus berretines preferidos y que no va a tener las agallas para negarse por mucho tiempo. Saca la mesita de cerezo recubierta con un fieltro verde de atrás de la barra donde está siempre replegada, la pone en un esquinero cerca de la heladera, las fichas nacaradas equitativamente repartidas entre nosotros, mezcla las cartas, corto, él reparte y se larga. Ignoro su truco, si es que lo hay, pero es muy raro si de entrada no me encuentro con el monstruo entre las manos aunque queden otras en el mazo. Pasa dos veces mi turno y entonces él se levanta, destapa la habitual

botella de Chablis, y ¡sin espuma los balones!, seguimos.

No es para hablar con propiedad un tipo denso, no, conmigo incluso puede comportarse bastante bien durante cierto tiempo, y aunque de trato tirando a agradable, tiene una obsesión poética de poca monta y todas las repeticiones machacantes e igualmente exasperantes que de ello derivan. Es de esos poetas de imaginación trastornada, intrigantes y vengativos, que hacen alarde de virtud y abnegación cuando, desde el fondo de su por así decirlo soledad, no pretenden sino encontrar otro de su misma calaña para devorar a un tercero hasta los huesos. Siempre dispuestos a arrodillarse sobre el cordón de la vereda, sus aleluyas muy en evidencia, para mendigar frente a los que pasan, incluso a los más desganados, una pizca de notoriedad, una migaja de admiración, un poco de gloria efímera. Para decirlo todo, nunca logré aceptar ni uno solo de sus múltiples versitos que me prodiga a carretazos y me dedica en cantidades industriales.



Primero jugamos la partida a quinientos, partido revancha y bueno, lo que generalmente nos lleva hasta más o menos las seis y al fondo de la botella. Rarísimas las veces en las que no tiene, para terminar, el monstruo entre los dedos, al menos a diez puntos de diferencia. ¡Y vuelta a hacer la cuenta! Tuerce un poco la nariz, sirve igual el último vaso y se encamina ya hacia sueños de revancha cuando no intenta volver a poner sobre el paño la cosa literaria. Enseguida lo interrumpo: ni lo pienses, ¡nos llevaría toda la noche! En general, pretexto tener que pasar antes de la cerveza por el puestito de libros de la plaza Reverzy para dejarlo plantado ahí, a él y a su poesía, y volver por el camino más largo, cuestión de huevear un rato por el barrio y olvidar por un instante lo banal de tales jornadas.

## El candidato

Todas las noches a las ocho tememos que venga el doctor, el diablo o su hermana. En los tiempos que corren el candidato tiende a invitarse solo. Sin vergüenza se instala como en su casa y ocupa todo un sector del living. El segundón paliducho que lo acompaña a todos lados le pregunta entonces por su posición en materia de policía judicial, por su actitud respecto de los problemas de delincuencia juvenil y alcoholismo (“¡Intransigencia absoluta!”, se apura), por los vaivenes de la cotización del pepino en el palacio Brongniart a media tarde (se compadece, nunca se queda corto con ninguna respuesta), promete que con peces en los zapatos él también pronto podrá caminar sobre las aguas;

tantos otros sinsentidos y absurdos tuvimos que tolerar así del buen hombre que enseguida a mi mujer le agarra dolor de muelas; harto de tantas tonterías dejo caer el pucho que termina quemando un pedazo de mantel al lado del cenicero.

Cuando los vecinos enloquecidos vienen a tocarnos la puerta, “¡¿Lo escucharon?!”, decimos no mientras les cerramos suavemente la puerta en la cara para no agrandar la confusión que, poco a poco, se apodera de todo el edificio. Se sabe que algunos ya tiraron al vacío desde los departamentos al candidato, a su segundón y a todo su decoro por el ojo de buey de los baños pensando así protegerse de lo peor, conjurar el peligro, escapar tal vez de los dramas prometidos. Suficiente para que unos diez autos llenos de canas lleguen de sopetón, todas las sirenas sonando, y cerquen en el acto el barrio. Ahora sí que estamos en el horno.

Algunas columnas vertebrales partidas al medio por cachiporrazos, diversos cráneos abolla-

dos por acá y por allá, narices ensangrentadas y, en menos tiempo de lo que toma decirlo, orden y seguridad vuelven a reinar. Nuestro portero, hombre de gran prudencia e intermediario sin par, luego de haber entregado la lista detallada de los inquilinos a esos señores, los tranquiliza respecto de nuestras intenciones de darle un triunfo inmediato al candidato, jura por Dios y la Virgen que acá se le prepara un plebiscito que pasará de seguro a la posteridad. Se retiran entonces, no dejando en el lugar más que un patrullerito de vigilancia, seguramente también uno o dos buchones.

Mi mujer y yo llegamos a extrañar las visitas del diablo o de su hermana; sus argumentos son menos expeditivos, con ellos la discusión queda con frecuencia más abierta. A nuestra edad, es verdad, nos cuesta acomodarnos a las nuevas obligaciones que impone la época.

## Entre hombres

Esta mañana otra vez una mujer que abría la persiana cayó como hoja muerta en otoño por la ventana sin que pueda decirse por qué ni cómo. Ayer a la noche un auto a toda velocidad hizo volar hacia el Más Allá, sin poder evitarlo, a una viuda distraída y enceguecida por su velo demasiado grande. La verdulerita que empujaba su carreta gritando “¡repollo, nabos, zanahorias!” fue bruscamente chupada por una alcantarilla que habían dejado abierta por error, no volvimos a verla más y ya extrañamos su alegre canturreo. Ni qué decir de la esposa del farmacéutico (el idiota del local de enfrente del correo) súbitamente desaparecida del mapa sin dar ni media explicación,

lo que a todo el mundo le importó olímpicamente un bledo de tan arisca y colérica que era para atender los negocios. Ni de tantas otras que del mismo modo faltan en la lista, es el caso de la rechoncha devoradora de pollos enteros que se la pasaba comiendo y que suponemos fallecida por una complicación gástrica, la joven molineira encontrada colgada por un hilo de seda en su trabajo o incluso la dueña del bar de la esquina del bulevar ahogada vaya a saber por qué torpeza en el Saona. En pocas palabras, cada una se hace extrañar a su manera, tan cruelmente como botón de manga de camisa, si se entiende a lo que me refiero.

Así, poco a poco pero de modo implacable, no queda otra que darse cuenta de que nuestro viejo barrio ve que su población femenina se extingue con más firmeza que en la Antártida las ballenas azules y, así como van las cosas, si nadie pone pronto las barbas en remojo la hecatombe será irreversible.

¿Qué sería la vida entonces? ¿Librarse desde el despertar a largas meditaciones a solas delante de una taza de café del día anterior, amargo como ajeno y mal recalentado? ¿Irse solo de gira por los bares y encontrarse al mediodía sin saber cómo combinar de la mejor manera el escalope y la crema, a la tarde timbear hasta cualquier hora con los amigos para no embolarse y así pasar el tiempo, zurcir sin esmero las viejas medias o almidonar uno mismo cuellos de camisas, y mejor no hablar del resto?

No, me niego a imaginar nuestro rinconcito de planeta volverse una especie de curiosidad visitada por turistas extranjeros cual reserva de indios vegetando sólo entre hombres. Hablemos poco, hablemos claro: si ellas no nos quieren más entonces que lo digan. Pero que, por favor, ¡dejen de caer como moscas!

## La escalera

Ayer a la noche sacando la basura y como una vez más el minuterero siempre hecho pelota acababa de apagarse de sopetón dejándome a tuestas en la oscuridad, tropiezo de pronto con algo humano acurrucado en el descanso de la escalera entre la costurera del segundo y la pareja de sopranos líricos del primero. Pensé primero en uno u otro de esos temblorosos hambrientos que la temporada de los grandes fríos arrastra a forzar nuestra puerta de entrada y a venir a refugiarse por un pedazo de noche en el precario abrigo que ofrece nuestra escalera; en tiempos anteriores al triunfo de los comerciantes, tal desamparo era raro, pero en nuestros días por desgracia se



volvió moneda corriente y ya nadie parece contrariarse por eso.

Qué horror cuando después de haber prendido de nuevo la luz descubro el cuerpo de un pequeño hombre bien vestido con la pechera de la camisa abundantemente manchada de una sangre ya negra, de donde emerge el mango reluciente de un enorme cuchillo de cocina. Un espanto de viejita enloquecida me hizo subir rajando a mi piso, bolsita de basura en mano, y no decir palabra alguna hasta esta mañana. Tenía la conciencia tranquila de haber actuado bien al haber tenido la precaución de ahorrarle a mi mujer mil pesadillas con esa lamentable huída ante los acontecimientos.

Zafarrancho generalizado en el edificio, desde el amanecer, cuando descubrieron el cadáver. La soprano lírica, en quimono de seda con ángeles bordados, se mandó una crisis shakespeareana en el palier, mientras que, curiosamente, la costurera del segundo, en general muy locuaz, no decía ni mu, sólo la estupefacción o el deseo de

parecer estupefacta, los ojos globulosos desorbitados; todos los otros remolones como atontados por la conmoción.

De acuerdo a las últimas noticias (recogidas durante el aperitivo en los bares del barrio) el asesinado sería un enano enriquecido otrora con el negocio de las telas, que desde entonces habría concentrado su interés en los beneficios de la usura. Pero lo más alarmante de esa historia bizarra y mórbida a la vez sigue siendo la cantidad de enanos que habrían sido asesinados del mismo modo esa noche en diversos barrios de la ciudad, según lo que se dice. Si en las horas venideras el rumor se confirma, ¡entonces sí que podría ser un escándalo!

Sentado a la mesa delante de un entrecot Bercy empiezo a imaginar que mi enano masacrado quizás sólo sea el primero de una larga serie. No va a ser imposible entonces que me vea impulsado a volver a hablar en breve de este asunto, probablemente de la costurera del segundo también.

## Líder

Contra lo que dictaba mi cuerpo, sobre todo para no contrariar a ninguno de mis amigos sino más bien para agradar a todos, finalmente acepté recién a media tarde y después de un ágape copiosamente servido ser secretario del partido, presionado como fui a lo largo de esas buenas borracheras por Pierre, Paul y toda la banda de camaradas del barrio que no deseaban, en verdad, asumir tan turbia responsabilidad.

Todavía estamos lejos de haber definido en términos explícitos lo que va a ser la línea del partido, que por otra parte no fue realmente fundado por ahora e ignoro, en este precioso momento, lo esencial de la ortodoxia que me

hará falta defender para mantenerme fiel a nuestros compromisos comunes, incluso sofocar eventuales tentativas de traición que estarían motivadas por intereses particulares o por criminales ambiciones.

Igual, aunque no tenga para nada pasta de dirigente ni alma de jefe, me vengo a preguntar esta noche, al fin solo delante de mi vaso de tinto, si podría tener sentido renunciar lo más pronto posible a esta molesta función. Con la noche de consejera, como se dice, seguro que éso va a ser, desde mañana, lo primero que haga.

## No pasa nada

Todo me dice que sería mejor no poner un pie afuera hoy, quedarme adentro y dejar pasar el día sin hacer nada o sólo hojear por milésima vez catálogos viejos de la Manufactura Francesa de Armas y Ciclos de Saint-Etienne, despuntar chauchas para transformarlas al mediodía en croquetas con un resto de queso blanco, prender la radio hasta la noche y hasta hartarse o, en verdad, no hacer absolutamente un pomo, ni siquiera asomar la nariz por la ventana y pasar así todo el día bien calentito en pantuflas. Hay días que empiezan tan mal al despertar que hasta el deseo de bajar a la calle para levantar una barricada al pie del edificio parece irreprimible.

Igualmente, después de haberme refrescado y vestido para la ocasión me agarré a mí mismo de la mano y salí. Si uno no se sacude un poco las costumbres, al llegar a mi edad se encuentra rápidamente en el banco de suplentes, y siendo bueno para nada salvo para subirse al primer coche fúnebre que pase y para empalidecer bajo tierra la carcasa. Tuve muchos amigos que estiraron la pata muy rápido, se pasaron al agua, evitaron el sol, las minifaldas y la poesía y al final murieron de aburrimiento. ¡No, muy poco para mí, gracias! Iba a volver a la calle, al gran carrusel de autos y de gentuza en la plaza de los plátanos, a relojear las vidrieras y por ahí a chusmear un buen rato las cajas de los librereros y que en una de esas las ganas de pasear me lleven a los tumbos hasta los muelles. Vivir al ritmo de la ciudad, ¡un programón!

Y después la mañana se deshilachó, así nomás, entre pequeñas naderías fútiles y artificiales y pocas cosas destacables, una buena parte de la

tarde siguió en el mismo registro de mediocridad y de insipidez aunque cuando llegó la noche no estaba lejos de sentir un ligero avance con respecto a la mañana en materia moral y ánimo de las tropas. En ese momento tuve la vaga sensación de formar parte del decorado de la puesta en escena inepta de una opereta de cuarta. Vidas tan inútiles como la tuya, pensaba para mis adentros, hay realmente pocas; te merecerías una medalla. Pero el sentimiento de aislamiento y de soledad tan fuerte al despertar y que casi hace que me quede encerrado todo el día adentro ya no me abrumaba más, volvía tras haber recuperado toda la calma y, la verdad, bastante satisfecho de vivir.

El que quizás lea, por casualidad, estas notas un día de llovizna a orillas del Saona o de gran diluvio por doquier, seguro se desencantará al ver sólo banalidad cotidiana y lugares comunes de una existencia completamente miserable. Ningún asalto increíble a un banco por delincuentes prodigiosos, ningún choque sensacional

en el cruce de dos calles, ni siquiera un insignificante cortejo de revolucionarios enfurecidos con ganas de romper todo, ni un pequeño derrumbe de fachada en la zona peatonal ni una caída en bicicleta de un agente de cambio sobre el pavimento que le habría dado sentido a ese día; no, sólo vanas ensoñaciones y algunas brisas, desesperante, básicamente.

Sin embargo, si la monotonía del mundo que nos rodea en vez de quitarnos las ganas de vivir no hace más que exacerbar la ardiente necesidad de escapar de las pantuflas y activar sin cesar, seguro es porque lo que es fascinante, me digo, es todo lo que pasa alrededor cuando precisamente no pasa nada.



## Una jornada del todo banal

“Mostrame el monstruo que hay en vos”, le terminé diciendo, harto de su soberbia y del raudal de estupideces con el que desde que llegué me agobiaba sin cesar. Como se quedaba en el molde, clavado ahí por mi insolencia, aproveché para zamparme la botella de Chablis e, inútil insistir, me fui. Perderíamos rápido, sépanlo, los pocos años que nos quedan por vivir si quisiéramos refutar argucias y paradojas de esos fanfarrones que se embriagan con su propio discurso, te apabullan con presunción hasta tirarte la moral por el piso, peor que marea los acantillados de Etretat. Me tenía podrido con las enormes tiradas de sus novelas de dos pesos, con sus menciones de poesía numeradas en papel glacé, por las

que se peleaba todo Saint-Mandé, e incluso ciertas mentes esclarecidas de la capital; su supuesto éxito literario me importa lisa y llanamente tres pepinos. “Mostrame el monstruo que hay en vos...”. Me agarraba de la baranda, atacado por una repentina risa incontenible, al bajar la escalera.

Ya en la entrada del edificio, me fui rápido de su pretencioso bulevar al pasaje de la casa de enfrente que da directamente a un callejón sin nombre, el cual con suerte y a condición de doblar a la izquierda, desemboca de golpe en la placita Jean-Reverzy. Conozco ahí, protegida por plátanos sin edad, una librería amiga por la que por supuesto no darías ni dos mangos pero en la que, hombre de hábitos, voy a distraerme hojeando algunos volúmenes del fondo, a veces un título más reciente que me recomienda el dueño, un tipo anarco medio huraño que mide sus palabras pero sin maquillaje y con naturalidad; encaprichado con Volodine, me hizo conocer también a Marina Tsvetaïeva y su famoso *Poema sobre la*

montaña, escrito para Konstantin Rodzévitch, de quien estaba perdidamente enamorada. Es muy raro que nuestros intercambios no nos conduzcan al único bar del lugar; cuelga entonces un letrero en la puerta —“El librero está enfrente”— y seguimos un rato la conversación en la barra.

Cuando nos separamos, como me parecía disponer todavía de un buen rato para huevear por el barrio, empecé a dar vueltas por ahí y me demoré un largo rato en el *Guiñol* de la plazoleta Mourguet. ¡Un cago de risa!

Cuando por fin regresé a casa, casi ya pasada la hora del puchero, empiezo a contarle a mi mujer la historia desopilante en el *Guiñol* cuando me corta amablemente en seco y, pálida, me anuncia a todo trapo que nuestro amigo —“El monstruo como le decís vos”— se colgó cuando se hacía de noche. En el fondo, creo, con la conciencia tranquila, no tener nada que ver con esa curiosa decisión; y no es desde luego la pérdida de ese gran poeta lo que me va a quitar el sueño después de todo.

## La Organización

Escondidos en la esquina de mi casa, parapetados bajo la puerta cochera que les hace de garita precaria, desde hace diez días que hay gendarmes al acecho, la mirada atenta y fría con una cuerquita en el bolsillo para hacer boleta a mendigos y vagabundos, estrangular al vuelo a comepepitos que puedan aventurarse a relojear demasiado de cerca a las viudas encanichadas del barrio. Son tres de los cuales uno, insomne seguramente, prolonga hasta altas horas de la noche la vigilia mientras los otros dos, uno al que llamo Petate por su pintita de vivaracho y su acólito retacón con cara de mangosta, abandonan todas las noches el puesto a las nueve clavadas. Yo detrás de

mi persiana entrecerrada los observo largo rato con lupa cual numismático tres falsos sestercios en una casa de cambio clandestina, todo esto en diferentes momentos del día y a intervalos casi regulares, y también por la noche, bajo la extraña luz de los faroles, observo al insomne hasta que abandona finalmente su extraña tarea.

En los diez días que dura esta intriga la situación tiende a volverse tan... ¿Cómo decirlo? En fin, la cuestión es que tomo cuidadosamente nota y con el mayor detalle hasta de los más mínimos actos y gestos y muy particularmente las horas precisas en las que, turnándose, sacan del bolsillo la cuerquita bien trenzada, tiran de ella con fuerza para probar su resistencia y la devuelven enseguida a su lugar con unas sonrisas de garcas que les deforman un poco más sus caras de culo. Consigno de igual modo los momentos de aburrimiento en los que, como sin cesar se les escapa la esperanza de una posible presa y se les hace insoportable la espera, se ponen entonces

en cuclillas, adosados el uno al otro, luego de un empujón se levantan a coro y saltan en el lugar con los pies juntos lanzando los brazos al cielo en todas direcciones; seguro para desentumecerse. Justo la noche anterior (veintitrés horas treinta y ocho) registré un gestito sibilino que hizo con la mano el insomne a una larga berlina negra, la cual enfilaba por la calle en cámara lenta, las ruedas silenciosas, todas las luces apagadas. Sólo un ligero gesto con la mano es cierto, pero de todas maneras...

Desde el martes (este despelote empezó el jueves pasado) noté que los muy raros habitués del lugar, que todavía toman prestado ese pedazo de calle, caminan con la cabeza en alto ignorando con ostentación a los tres vivarachos; ayer a la tarde, un viejo seguramente sin nada más que perder escupió al pasar una bola de tabaco en la vereda a dos pasos de sus zapatones (dieciséis horas cuarenta y siete). Por último esta mañana, volviendo del mercado del bulevar, constaté que

todas las persianas de nuestro edificio, a semejanza de las mías, se mantenían entrecerradas. Me lleva a pensar que de cierta manera la resistencia, de a poquito, se organiza. ¿Acaso no se murmura de un palier al otro que la costurera del segundo tendría guardado en su cocina un matayuta del sesenta y ocho en perfecto estado?

Está decidido, esta noche, ni bien el insomne se las tome, voy a dedicarme a pasar en limpio el conjunto de mis observaciones y, desde mañana, voy a elevar un reporte detallado para los responsables de la Organización. Creo que llegó el momento.

## La Quinta República

En casa el elefante aparece siempre a la hora del café, o por ahí anda. Se impone. Mi mujer y yo nos evitaríamos gustosos la carga de tener que sufrir hasta el infinito las boludeces que quiere que tomemos como verdades absolutas, y la ponencia de proezas estúpidas por las cuales pretende ser abundantemente elogiado. Que nos aburre es poco decir. Igual, no nos quejamos, en lo de los Guichard, por ejemplo, se las ingenia para aparecer a la hora del aperitivo del mediodía y colarse en todas las comidas; a los Gardiennet les cae casi todos los días a la noche cuando están sirviendo la sopa y tienen con frecuencia que esforzarse para dejarle la mayor parte de la



famosa sopa de rábanos azules, panceta y pato que le encanta. Los Bertin tampoco logran eludirlo el domingo en el asado, y menos Cathy los martes que prepara mollejas con *quenelles* en salsa de hongos. Al único lugar al que no se anima a ir es a lo de los Giovannini, pero porque son bebedores de agua y están provistos de una tribu de nueve indiecitos, y hay papilla o puré de papa día por medio. Es un garronero experimentado, conocido y temido en todo el barrio. Pero es el elefante y nadie se anima a protestar.

Hoy incluso, apenas si habíamos levantado la mesa y ni bien mi mujer se disponía a preparar el café, ahí llega; con autoridad acerca un banquito y apoya pesadamente su culo gordo, su pequeña cola por detrás balanceándose en el vacío, y sin preámbulos empieza en el acto a aturdirnos con sus proezas y sus gloriosas hazañas de los tiempos en los que no era más que un paquidermo en las colonias y todavía no era un elefante beneficiario de sólidas indemnizaciones parla-

mentarias y cubierto por una inmunidad que lo protegía de todo tipo de problemas judiciales. Ya no damos más, pero estamos obligados a sufrir sin chistar y a no dejar aflorar nuestra prodigiosa irritación. El elefante es poderoso.

“Tal como me ve, estimado señor, maté a un cazador con una escopeta” me dice con un tono que no daba precisamente ganas de reírse. Sorprendido de todas maneras de que alguien pudiera aventurarse en la selva con una simple escopeta, no pude disimular mi sorpresa: “¿El cazador tenía una escopeta?!”

—¡No! ¡Lo maté con *mi* escopeta!

La verdad, ¿cómo quieren que uno se deje engañar por tamañas pavadas? Frente a semejantes aberraciones a veces llego a pensar para mis adentros: estamos todavía en plena Quinta República ¡Carajo!

## Un jueves en el jardín

Ese jueves, como no tenía ningún asunto interesante del que ocuparme ni lectura liviana alguna a mano susceptible de distraerme un rato, entonces me puse el sobretodo, cerré de un portazo y fui al jardín público en la parte de abajo de mi edificio a sentarme en un banco. Quedan uno o dos por ahí que la municipalidad todavía no se anima a hacer desaparecer —como sí se ha dedicado a hacerlo en casi todos los otros barrios con el objetivo de hacer desaparecer con ellos a ancianos desposeídos de mi especie que vienen acá a matar lastimosamente el tiempo y dan así una mala imagen de la ciudad; es al menos lo que aseguran nuestros concejales.

Abrigado hasta las orejas con mi sobretodo de cuello levantado y con las manos como cosidas en los bolsillos, vi desfilan recuerdos un buen rato ante mis ojos mientras fantaseaba un poco. Jovencitas paseando sus muslos con gusto a pan especiado, como había conocido, amado también, en otros tiempos. Estudiante universitario retrasado, vestido a lo Gavroche<sup>1</sup>, vichándome de pronto con una mirada a lo Reggiani<sup>2</sup>; ¿lástima o reproche? Saco y corbata apurando el paso hacia alguna pequeña y sombría oficina del microcentro, grises empleadas domésticas con canastos volviendo de las compras, y tantos otros rezagados también... En fin, así pasaba la gente que sin darse cuenta formaba parte de mis diversiones y me hacía desconectar un poco, como quien dice.

<sup>1</sup> Gavroche es un personaje de *Los Miserables* de Victor Hugo arquetípico de un muchacho parisino (n.d.t).

<sup>2</sup> Serge Reggiani (1922-2004), cantante y comediante francés (n.d.t).

Como al final me había quedado un buen rato sentado en el banco, por miedo de dejarme llevar hacia una nostalgia insana, también por miedo de que mis piernas entumecidas de frío y de inacción se negaran de pronto a transportarme y, sobre todo, temiendo la llegada de los guardas que persiguen sin miramiento a los improductivos como yo, decidí, en este caso, dar media vuelta y volver. Todo tiene un final, hay que admitirlo.

Así, saliendo por la puerta del cerco opuesta a aquella por la cual había entrado, y bordeando de ese modo el arenero en el que, por lo general, los que todavía están autorizados a tener un perro dejan que haga un enchastre, vi que una mujer había abandonado ahí a su bebé. No hay duda de que, me digo para mis adentros apurando el paso tanto como puedo, el mundo se volvió deprimente.

## Un día así

¡Mierda que con un día así uno debería ser feliz! Casi ningún auto en el bulevar, concierto de clavicordio de los gorriones en los árboles, perfume a panadería y pan caliente escapándose de los negocios, dulce locura de las muchachitas en soleros y en el aire ya casi una promesa de primavera. La mañana soñada para tomarse las cosas con calma.

Gracias a Dios sobreviven acá y allá esos ratitos de distendimiento en los que pareciera que vamos a recuperar rápidamente el gusto por la vida, el fervor de estar juntos; a pesar de las infamias de la época, se nos da entonces por imaginar cosas impensables la noche anterior:

libertad en las calles, sonrisas de mujeres en las ventanas, semblantes tristes y suspiros resignados guardados en el almacén del olvido —todo parece de pronto fresco y ligero, hasta el aire se vuelve lavanda y es un poco como camisa blanca y moño en plena semana.

Ni lerdo ni perezoso, decidí pegarme una vuelta a pata por el parque donde sabía que me podía encontrar con Martin que pasa la mayor parte de su tiempo trotando por los caminos de los parques, pucho en la boca, para mantenerse en forma, según dice; vamos a ir a tomar una copa al barcito y a arreglar el mundo en dos minutos, y se me hace que, para concluir, no se va a negar a una picadita juntos, ya veremos.

Es loco que la mayoría de la gente parezca apurada, preocupada, pareciera no tener otro objetivo que el de hundirse derecho en el tropel, darse codazos y pisotones para salir rajando a hacer sus cosas, subir las escaleras de la oficina más rápido que los escalones al cadalso, sin siquiera ad-

vertir un día como este, ni preocuparse en lo más mínimo por el sol en el azul del cielo. ¡Carajo! Lo mires por donde lo mires es cine mudo a veinticuatro imágenes por segundo y todo en blanco y negro. Cuando observo bien, también noto que uno ya no se cruza más con esos transeúntes con pipa de marfil, nariz respingada y manos en los bolsillos, gente al cohete, paseadores de caniches o poetas en busca de inspiración, tal como podía verse a montones en otro tiempo; hoy en día sólo viejos decrepitos, algunos pocos impedidos y otros tullidos parecieran estar autorizados a andar panchos tomándose su tiempo.

Como considero que esta reflexión está particularmente marcada por el sentido común, se la confío a Martin:

—Con un día así, ¿te das cuenta?, no nos debería hacer falta nada más para que nos saquen del jodido berenjenal en el que nos metimos, y sin embargo mirá toda esta gente con cara larga, ya no se entiende más nada.



—Desde que Ellos prohibieron cantar en la plaza pública, las obras y los andamios por razones de seguridad —explica Martin—, y también silbar por la calle no se sabe muy bien por qué, es así por todos lados.

SIN VALOR  
COMERCIAL

## El vendedor de puntillas

El vendedor de puntillas pasó por casa esta mañana. Sacó de su valija y desplegó enseguida sobre la mesa todo lo que tenía para mostrarnos. Un cuchillo suizo diez piezas: gancho, tijera, pinza, escarbadienes y cuchilla grande. Puños de camisas amovibles en lustrina de Limoges, un minúsculo brandículo de hierro blanco cincelado, cantidad de baratijas de pacotilla, confites de bautismo en cucuruchos de papel decorados con ángeles. También varias puntillas, hechas a mano por supuesto; de Alençon, de Arras, del Puy e incluso de Milán.

Con la ayuda de un socotroco que llevaba con él todo el tiempo, del que según parece jamás

se separaba, violó a nuestra madre, así nomás, boca arriba sobre la mesa del living y acto seguido sodomizó a nuestro padre contra el esquinero. Como los dos protestaban a los gritos contra esos procedimientos indecorosos y para acallar las recriminaciones, entonces les cortó con calma la garganta con la cuchilla larga del cuchillo suizo.

Mi hermana y yo juramos silencio y sobre todo no divulgar la historia. Pero desde ese día se acabaron para nosotros las puntillas; nos convertimos los dos, por decirlo así, en tejedores de lana.

## Noticia falsa

Recibo este mediodía una larga carta de esa mujer que imaginaba muerta hacía ya mucho tiempo, vaya a saber por qué, y que me escribe que ama cada vez más la vida. Nos habíamos conocido en tiempos de esparcimiento en los que, con la esperanza de sustraerme a las mil y una obligaciones de lo cotidiano, esperaba siempre conocer a una princesa rusa separada de su marido y en busca de un trovador apasionado; un embustero acento eslavo que conservaba con el único propósito de seducir, gustar y engatusar nos había acercado de golpe. En realidad ella era aprendiz de costurera en una fábrica de encajes & bordados del barrio de los tejedores, nativa de Clermont-Ferrand y se llamaba

Jeannette aunque en aquella época se hacía llamar Natotchka. Nuestra historia de amor se resumió a un ballet de corrientes de aire y apenas si duró una temporada o dos que yo recuerde; creo no haberme preocupado más por ella desde que las tropas del sultán Mehmet II tomaron Constantinopla, hace hoy un siglo de esto.

Y hete aquí que hoy ella vuelve con sus palabras enardecidas (también un costadito sentimental que no le conocía) entre una factura de la compañía de gas y un reclamo a una empresa de lavarrupas. Sacó prestados casi todos mis libros de la biblioteca municipal de su pueblucho, los ha leído, apreciado. ¡Que los disfrute!, me dije, eso no me va a dar ni un peso y, como no tengo nada que decir, hace siglos que no escribo. Acometió, por atolondrada supongo, un puñado de sonetos que pretende compuestos *a la antigua*, querría someterlos a mi criterio sin dudar para nada de la perspicacia de mi juicio en la materia. La gente cuando ya está de vuelta se pone terriblemente fastidiosa con su

manía de tejerse sin cesar vidas nuevas bordadas de esperanzas sin futuro, buscarse creencias de cartomancias que por supuesto no llevan a ningún lado. Termina al final su notita con un “todavía sigo soñando mucho con vos” en bic azul y papel escolar con el que se las ingenia para hacerme saltar hasta el techo y ponerme los nervios de punta por el resto del día.

Una vez consultada la Michelin 326 tomo nota con alivio de los trescientos kilómetros que nos separan, y me mantengo por el momento a salvo de que aparezca en dos segundos sobre el felpudo de la entrada. Igual pensándolo mejor, sería sin dudas tomar una excelente precaución hacerle creer, por algún medio indirecto, que ya no formo parte de este mundo. Me voy a encargar de hacerle llegar esa triste noticia sin demora; seguro que voy a salir ganando, me digo, y estar por fin tranquilo por un buen rato de eternidad.

## En la vereda del café

Hoy un calor al rojo vivo como para tumbar a un chivo en el campo. Se debería tachar agosto del calendario porque alienta a salir a los zaparrastros más repugnantes. Almorcé con Claire Maisonneuve en el Gargagnole, un bodegón de la calle Ozanam; hablamos de trabajo un buen rato y eso me devolvió la autoestima por cinco minutos, a tal punto me parece vano por lo general querer escribir libros en nuestra época en la que ignorantes y charlatanes están tan orgullosos de ser los primeros en el podio que absorben el poco aire que aún nos queda para poder respirar un poco. Claire tiene la discreta elegancia de la gente con talento y una fuerza vital a toda prueba; qué

más renovador para un viejo que ya está de vuelta de todo. Sólo que el osobuco de Cathy me cayó un poco mal al estómago.

¿Por qué de golpe hay que tenerle tanto miedo al futuro? Tras dejar a Claire y ya más aliviado, me instalo en las mesitas de afuera de uno de esos tantos cafés que dan color al bulevar para llenar la pipa, pedirme un café con crema y dejar un momento correr el tiempo mirando a los pasantes en sus extraños atavíos. El mozo es encantador y me trae tres chocolates con avellanas en un platito para acompañar el café con crema, y me regala una sonrisa cómplice. Anthelme, me digo, te vas a quedar acá holgazaneando una buena horita haciendo aros de humo mientras saboreas tu café para luego volver a tu bulín y sacar uno o dos párrafos para la posteridad. Programa que me iba como un guante salvo porque ni bien raspo el fósforo se me plantan frente a la mesa dos jóvenes buenos para nada en uniforme de la Nueva Unidad del Marco de Vida con la intención



explícita de no dejarme prender la cachimba so pretexto de que así lo ordena la ley ahora. Los mocosos parecen extremadamente convencidos de su estupidez.

Invocando mis años, mi inclinación desde antes del diluvio por los productos de la Compañía Francesa del Tabaco y precisándoles, por otra parte, que me preocupan las nuevas leyes y otras viles ordenanzas casi tanto como un cabito de cereza, los invito gentilmente a proseguir la ronda en otro sentido, a que mejor vayan a la avenida a ver si por descuido un bestia de conductor no levanta en pala a un ciego y, para hacerla corta, a que me dejen vivir en paz. Consterna hoy en día constatar cómo hasta al más ignoto holgazán lo acosan toda clase de policías, la mirada alcahueta de cien mil cámaras colgadas en cada esquina y pronto un chip electrónico en la solapa del saco como si fuera collar y correa. ¡No soy un caído del catre y ciertamente de éstas vi muchas en mi vida, pero igualmente me parece que se están pasando de la raya!

Los dos tiparracos no lo ven de la misma manera y, sin el menor escrúpulo, los tengo en dos segundos arriba de mi paletó, uno con la brutalidad de una bestia me arranca de la boca el objeto del delito y por poco no se lleva con él media mandíbula, lo pisotea rabiosamente en la vereda gritando como un poseído mientras que el otro me martilla a conciencia la nuca con la cachiporra, al grito de que esto me va a costar caro; estaban los dos listos para hacerme tirar por cuatro caballos en la plaza pública, si no hubiera sido porque justo a tiempo entraron en acción cinco o seis clientes fornidos y resueltos a sacarme momentáneamente del mal trago.

Terminé el día en la comisaría, liberado una vez firmada mi deposición que reconocía violencia a oficiales en servicio, incitación a la revuelta y alteración del orden público. Según Norbert, contactado por teléfono esa noche por conocerse sólidos lazos entre los magistrados y hasta dentro del mundo de los ratis, debería poder salir de este

embrollo gatillando terrible multa y zafando finalmente de los cuatro meses adentro que requieren por regla general este tipo de asuntos.

Y sin embargo, no me impedirán pensar, sin querer por ello embarrar las cosas, que hoy en día el poder se pavonea y hace alarde de un exceso de brutalidad capaz de enfriar la pasión por la vida de muchos ciudadanos.

SIN VALOR  
COMERCIAL

## El camarín

Es un camarín de artista que presenta la rareza de estar situado en un piso alto y no en el bastidor, de dimensiones tan reducidas que entra un solo artista a la vez y ese soy yo. Me llevó al menos veinte años acostumbrarme al vértigo que me daba ese piso hasta que por fin me largué y pude asumir un papelucho cómico en la escena de esta desgraciada existencia. Mejor confesarlo: recién había debutado y ya no era lo que se dice un joven galán.

Durante años usé el vestuario remendado por todas partes del que se liga los cachetazos. Éxito asegurado por un sueldo que no era gran cosa. Actuaba, bastaba para estar contento. Solía arreglármelas con un plato de sopa o dos papas al

horno. Al revés de algunos compañeros que triunfaron muy temprano en Pirandello, a pesar de mi avanzada edad, chapuceé durante lustros en Polichinela. Silencioso, lo toleraba y jamás me quejé de que subestimaran mi talento.

Hoy después de haber aguantado estoicamente todas las vicisitudes de una vida sin brillo ahí está mi nombre arriba del afiche, la crítica a mis pies y el público subyugado por la fineza de mi arte. Decidí renunciar a los laureles, a los *sunlights* y a las tablas en vez de sacar fácilmente provecho de ese cambio de situación.

Me pudriré entonces el resto de mis días arrinconado en este minúsculo y triste camarín, a resguardo del mundo. Toda esa gente reunida es demasiado tonta para que me deje llevar y ceda ante su adulación. Pueden lanzar sin cesar sus bravos y sus hurras ante la puerta del teatro vacío, torcer el cuello hacia el cielo, tengo mucho cuidado de sólo mostrarles la cara por el único y pequeño ojo de buey de abajo del desván. Es así.

## Cangrejo

A Lucette le abrieron el estómago de par en par, desde el fondo hasta el ombligo; había que hacerlo, le dijo la Facultad. Hacía rato se sentía un poco cachuza, con gorgoteos de sifón de cocina en la boca del estómago, nauseabunda, tambaleante incluso a veces. Sin embargo seguía siendo bella, en toda la acepción del término, por su melena de leona, por su cuerpo esbelto y su voz argentina, a pesar de haber pasado los sesenta y de un oficio de mierda que se llevó lo mejor de su existencia, Lucette. Para hacerla corta, le dejó los dos gatos a su novio y fue al hospital a que le abrieran el estómago, de esto hace dos días.

¡Ni siquiera Prévert podría creer lo que se lle-

gó a encontrar ahí adentro! Angulas, rubios grises, media morena, rayas rizadas; cantidad de otros peces muertos y mal digeridos, y además una gran concentración de mercurio. Del fondo de ese acuario del desastre los cirujanos incluso rescataron un buen pedazo de hamburguesa real de McDonald's replegado en su hoja de amianto, también huevos de mosca de carne aglutinados todo alrededor, parece que un minúsculo pedazo de brandículo de hojalata cincelada y no sé qué otra cosa todavía más extraña. Flor de miseria engullir sin desconfiar todas esas pequeñas inmundicias a la moda que los grandes mercachifles de la publicidad promocionan todo el santo día. Es para preguntarse hasta cuándo Lucette iba a esconder la glotonería; un auténtico avestruz, ¡sí!

El quid de todo esto, como verán, es el cangrejo violinista —*Uca pugnax* precisaron los doctores— vivito y coleando a pesar de todo en ese ámbito heteróclito, y cuya pinza desmesurada de macho batallador no medía menos de diez centímetros

según el radiólogo que le sacó la foto. El animal evoluciona en Lucette sin inquietarse por los daños que causa a la infeliz esa colonización indebida de su intimidad, se comporta como en terreno conquistado y parece muy poco dispuesto a obtemperar las amenazas de los médicos, quienes, por el momento, se contentan con evitar lo peor, salvar lo que todavía puede salvarse.

Junto a su cama esta tarde —“no tenés mala cara pese a todo”, le dije así— le llevé mi viejo ejemplar de *La nebulosa del cangrejo* de Éric Chevillard, para que repunte un poco y para que se saque de la cabeza las ideas negras. Ese tipo de novelas revive hasta a un moribundo. En un momento yo mismo empecé a hacerme el gracioso al lado de su cama para hacerla reír, pero ese puto cangrejo interrumpía una y otra vez mis gracias y le manducaba todas las carcajadas, lo veía clarito. Para terminar me fui, por desgracia, como había venido, dejándola sola a Lucette con su maldito violonista, también a su pasado, que surgió de pronto



en su totalidad delante de ella.

Como el tiempo se prestaba particularmente hice una pequeña pausa en el primer café que me crucé con mesas afuera, para reponerme y ver a la gente pasar, siempre muy atareados al final del día y corriendo como desesperados vaya a saber adónde y por qué. Delante de semejante agitación me vino a la memoria ese querido Emmanuel Berl: *“Está lindo, vayamos al cementerio”*.

SIN VALOR  
COMERCIAL

## Iremos a buscarlos

“¡Policía! ¡Policía!”, gritan. ¡Tremenda carrera en las escaleras hasta el tercero! Todo el piso está sitiado en un abrir y cerrar de ojos por unas treinta bestias de la brigada antiterrorista y su perro rastrero, a la que, créanme, no se le caen los anillos para forcejear puertas, hacer salir a todo el mundo al palier entre el estruendo de cerraduras forzadas (algunos en paños menores) y empezar enseguida una requisita desenfrenada de los departamentos. Por más que a la soprano lírica en quimono de seda bordado con angelitos le agarre una crisis nerviosa shakespeareana, y que la costurera del segundo intente interponerse, los canas están listos para mandar a mudar al piso

entero y masacrar a la primera de cambio a la mayoría de sus inquilinos. Son recién las seis de la mañana.

El tole tole dura una eternidad, como si no fuera a terminar. Nos preguntamos entre los vecinos qué pudo haber sucedido allá arriba que justifique la tercera guerra mundial y la ocupación de la mitad del edificio. De una puerta a la otra circulan los cuchicheos más extravagantes, disparatados rumores están a la orden del día, cada uno busca a su modo interpretar el porqué de tales maniobras, elabora las hipótesis más audaces, todos intentamos tranquilizarnos como podemos sobre cómo seguirán los acontecimientos; de todos modos la costurera se queda en el molde porque sigue con el matayuta de los sesenta escondido en su cocina. Este gran alboroto se extiende hasta media mañana, pone a todo el cenáculo patas para arriba y nuestros nervios a la miseria.

Finalmente los ocupantes del tercero son autorizados a volver a sus departamentos devastados

por el huracán e invitados con firmeza a no chistar ni tampoco a protestar, “Eso podría costarles caro”, precisa arrogante el joven suboficial que parece dirigir la operación. Que se tengan por dichosos mientras quede en el palier, todavía en bolas y tiritando, el estudiante de Bellas Artes ahora esposado que asiste petrificado y pasmado de terror a la mudanza correspondiente de sus treinta metros cuadrados inspeccionados de arriba abajo por estos señores. Fotos enmarcadas, cartas de amor, litografías y acuarelas, afiches del Che y de Chaplin, libros a montones e incluso buena parte de su pilcha son confiscados y van a parar vaya Dios a saber dónde.

Al mediodía, tras calzarse un pulóver, al menos tenía slip y pantalón, nuestro artista en ciernes, pálido como un lienzo y con cara de arruinado, es encanado sin miramientos con todos sus bártulos a pesar de los gritos, las protestas vehementes y el intento de oponerse de todo el edificio. Conciliábulo entre inquilinos sobre la conducta

a seguir, la costurera ya pone a circular una petición, llamo por teléfono a Norbert que tiene que poder conseguirnos un abogado con contactos sólidos; en pocas palabras, nos plantamos en bloque atrás del pibe bien decididos a sacarlo lo más rápido posible de este berenjenal.

A pesar de la época que no incita mucho que digamos a hacer alarde de los propios sentimientos en la plaza pública, se corrió rápidamente la voz por el barrio y empieza a generar malestar en una buena cantidad de gente. ¿Acaso no vinimos a enterarnos, al final de la tarde, de que el principal elemento de prueba en esta extraña maquinación sería un cuchillo suizo color verde, modelo para oficial, con sacacorchos? ¡Estos aguisados sabuesos creen así que tienen entre manos a un pez gordo! Confieso que esto podría más bien provocar una sonrisa si no fuese porque en los tiempos que corren el porvenir muestra una singular tendencia a acertarse.

## El vecino

Por primera vez desde que vivo en el barrio (debe hacer como veinte años) fui a visitar al vecino porque la vecina murió. Murió al día siguiente de Navidad, hoy hace justo quince días.

Sobre un esquinero, en la cocina donde me recibió, había todavía un pesebre adornado con una pequeña guirnalda con lucecitas intermitentes. Había un ambiente tan raro que tuve de entrada la penosa impresión de transformarme lentamente yo mismo en un santón.

Le di mi pésame y, como era después del café, me sirvió un dedo de Cointreau. Iba a retirarme, feliz de terminar con ese circo, cuando se le dio por presentarme a su nueva mujer, una dober-

man de al menos cincuenta kilos que de verdad te intimidaba.

SIN VALOR  
COMERCIAL

## El mundo es brutal

El mundo es brutal y no lo percibe ni sabe en qué medida. Se volvió moneda corriente que los bribones de la milicia te roben al salir de un bar y que tengas que volverte a casa medio desnudo entre las burlas de los mirones. Dichoso de usted si no hay entre esa buena gente un piola que se aproveche de su miseria para desvalijarlo de lo poco que le queda y, de paso, birlarle medias y sombrero. Los guardias municipales están demasiado ocupados en perseguir a oponentes y en atrapar a inmigrantes para lidiar con todos los pequeños avatares diarios con los cuales cada quien tiene que arreglárselas a fin de cuentas lo mejor posible. Revoleado por un bólido en medio del bulevar



usted sale adelante, todavía con las dos piernas, un brazo aún sano, no se queje: ¡La vida es bella y su fuerza de trabajo está casi intacta!

Como el farmacéutico de la plaza Colbert, a quien cruzo esta mañana luchando con las muletas hasta el laboratorio, la cara desencajada y los ojos como agujeros de gruyer: se cayó ayer, me dice, en un desfile organizado por la asociación de los Amigos de la Tortura la cual pretendía manifestar su apoyo al régimen y a sus nuevas medidas antiterroristas. Por no haberse corrido a tiempo del medio ni haberse sumado al cortejo, ahí quedó patas para arriba, pisoteado enseguida al compás del martillo pilón por un ejército de zapatotes. Quedó medio muerto al costado de la calle entre hombros alzados e indiferencia general, toda una parte de la noche retumbaron en su cabeza las vociferaciones de esa multitud proclive al odio, luego toda otra parte de la noche merodeó en él un sentimiento opresivo de vergüenza por haberse equivocado de camino, haberse

hecho cómplice del crimen apoyando el ascenso de esos brutos por la confianza ciega que hasta ese momento les había demostrado, sean cuales fueran las circunstancias. Recién temprano a la mañana logró salir de ese fango y, tras recobrar poco a poco el ánimo, se puso entonces a ren-guear suplicante hacia su porvenir de farmacéu-tico discretamente desencantado.

La semana pasada la costurera del segundo, atacada por un comando de pioneros para la Civilización Nueva porque fue sorprendida encendiendo un cigarrillo en nuestra puerta de entrada, se salvó gracias a la réplica fulminante de los habitantes del edificio de enfrente, los cuales se pusieron a bombardear sin miramientos a los pichones vampiros desde atrás de sus persianas entrecerradas hasta que se armó el desbande. Ya muy enardecida con los defensores del orden nuevo, ahora ella no habla de otra cosa más que de contraatacar en el acto y sin dejar títere con cabeza, matayuta en mano si es necesario.

Una guía de teléfonos no bastaría en efecto si uno quisiera inventariar todas las asociaciones pseudo-patrióticas, organizaciones paramilitares, ligas de defensa de la moral, mafias diversas y policías paralelas de toda clase que con frecuencia tienen intereses encontrados unos con otros y que hoy andan pululando, se cagan olímpicamente en todo y mantienen, para terminar, a toda la población en el miedo; nadie sabe a qué santo encomendarse para escapar a una vida que se volvió imposible.

¿Veremos un día el regreso de los tiempos benditos en los que se podía con total tranquilidad tomar una copa y fumar un pucho en un café con una chica o con un viejo amigo de juergas, sin que nos sintamos amenazados por los golpes bajos que llueven hoy por todas partes?

## Cabeza

Basta con asomarse afuera para constatar que todos y cada uno, sobre los hombros, andamos por la calle paseando una cabeza. Hagan la experiencia banal de sacarse un día las pantuflas y salir, verán por todos lados hombros, algunos cual percheros, otros apretujados en sacos de empleados de oficina, huesudos, redondeados y hasta caídos, pero siempre con una cabeza encima, cuando no totalmente hundida en ellos. Esto no es cosa de antes de ayer: el *Homo erectus* de Tautavel, hace poco más de un millón de años, ya tenía hombros recortados de cuajo y una cabeza particularmente velluda apoyada sobre ellos.

Me veo obligado a advertir, es triste, que dos

individuos que se encuentran por casualidad, la mayor parte de las veces se regalan bromeando una palmadita falsamente amistosa en el hombro, en vez de partirse de inmediato el cráneo en dos el uno al otro y sacar así a la luz sus segundas y malévolas intenciones que seguro maquinan ahí adentro. Por facilismo o dejadez uno se expone de esta forma a amargos desengaños, y cuando cree poder estrechar a un amigo en brazos, se trata en realidad de un monstruo lleno de crueldad completamente decidido a estrangularte con el cordón del zapato, y ante el cual capitulás. Por haberle acariciado sin desconfianza el hombro en lugar de destrozarle de entrada la cabeza, de golpe no sos nada.

Por otro lado siempre alerté sobre el riesgo de sondear primero los corazones incluso antes de penetrar los secretos de las cabezas. Pobre víscera casi inocente, el corazón, ¡mientras que en la cabeza se traman tantas tragedias! He tenido la oportunidad de observar en cabezas bien descu-

biertas a cielo abierto más trampas en gestación y asesinatos premeditados de los que ocurrieron en toda la guerra de los Cien Años; eran, sin embargo, de las cabezas que suelen estar sobre hombros que deambulan por el bulevar, tenían todas, poco más poco menos, la apariencia de una amable bonhomía. Es un hecho consumado, como verán, que no hay nada más traicionero y tranquilizador al mismo tiempo que cabeza de asesino sobre hombros de buena gente.

Al final hay que percatarse de que no estaría mal hacerle nuevamente honor a la técnica de los indios jíbaros para, primero, reducir ciertas cabezas que no sean de nuestro agrado, y luego ver la posibilidad de rebanar directamente otras demasiado maquilladas con propósitos perversos, así el mundo, seguramente, volvería a marchar un poco menos al revés.

## Infartos

Otra vez tres infartos de miocardio el último fin de semana sólo en el edificio. Hay que llegar a mi edad para encontrar en esa hecatombe motivo de broma; de hecho no puedo contener la risa a pesar de las circunstancias lúgubres, actitud que tiene el don de exasperar a mi mujer, siempre demasiado sensible a las pequeñas miserias de los otros. Me esmero de todos modos por poner cara de aflicción profunda cuando subo o bajo las escaleras, no quiero ser comidilla de los bien pensantes dispuestos, lo sabemos, a apiadarse sin límite de las mínimas insignificancias de la vida cotidiana pero muy reticentes a indignarse ante las peores cobardías de la época.

De acá al sábado van a terminar arrastrándonos tres veces al cementerio, va a haber que poner la mejor cara de entierro, calzarse fular y corbata, sacar el traje negro del placar; aunque apenas llovizne: barro, impermeable y paraguas, ¡bingo! Le había prometido a Martin un partido de billar a tres bandas, mañana a la tarde en el Grand Café, en lugar de eso va a ser funesto estar bajo la lluvia con el desfile de las condolencias y pescarse flor de gripe a la salida. Uno se pregunta si todos esos enfermos no se pasaron la bola para morirse casi a coro y envenenar la existencia de los que gustan de la buena vida como yo con tanta ceremonia crematoria, agua bendita y otras zalamerías convenidas, estúpidas hasta las lágrimas. De hecho, vean, toda esa gente se las toma, por así decirlo, sin prestar la menor atención al vecindario ni a las ocupaciones de cada uno, revelando hasta el último suspiro que tienen un egoísmo a prueba de todo.

El primero en estirar la pata es el metalúrgico de arriba; jubilado desde hace menos de seis meses



luego de toda una vida laburando en una fábrica a cuatro manos, debe haber comprendido que uno no llega a pensionado impunemente; tras renunciar al comercio y a la industria, su minúscula renta no habría de costarle demasiado caro por mucho tiempo a la sociedad. Los otros dos al día siguiente, con un intervalo de pocas horas. El señor Debreuil primero, entregado de cuerpo y alma a la importación-exportación, poco conocido en el edificio, de esos que comen parados y andan de acá para allá, encontraron al alba su maletín junto a él tieso en el palier de la costurera. Chailly por último, el neumonólogo, joven grandulón desmelenado siempre escalando de a cuatro la escalera; el SAMU<sup>1</sup> lo encontró hacia media mañana en la parte baja del puerto, se desplomó en pleno footing junto a su labrador apenado y completamente extenuado. Y ahí están nuestros tres mosqueteros en la morgue esperando mejor

<sup>1</sup> Servicio de ayuda médica de urgencia (n.d.t).

vida y nosotros en nuestros zapatitos, listos para poner el hombro y conminados a llorar como se llora en Paimpol.

Si fuera por mí, haría un solo cortejo, cerveza común y fosa también. Para ir adonde van a ir de todas formas, flor de imbecilidad, me parece, que cada uno vaya con su grupito para un lado distinto, esparcir flores y coronas de un cementerio a otro, repartir a los cuatro vientos lágrimas, hipo y sollozos al cohete. Pues al final, los que se esmeran todavía por vivir tienen bien ganado el derecho a continuar sin que semienterrados vengan a ponerles palos en la rueda, se diviertan haciéndoles perder en vano con idas y vueltas el precioso tiempo que les queda. Modo de pensar la existencia y los pequeños infortunios que ésta trae aparejados que mi mujer, una vez más, considera absurdo, incluso un tanto inoportuno; Anthelme no.

## El tiempo pasa

Como en el péndulo de la cocina el tiempo había tomado un presumido retraso y salvo cambiar las pilas gastadas por unas en buen estado parecía evidente que ese dejarse llevar no podía sino empeorar a lo largo del día, decidí aprovechar esa falla mecánica y emplear las horas que se volvieron así disponibles en alguna deslumbrante futilidad susceptible de por un instante aliviarme el alma. Estábamos una vez más en plena época de guerra civil larvada y, algunos días, había una humedad francamente sofocante.

Como el toque de queda prohíbe cualquier salida de noche, aunque en estos comienzos de mayo el cielo sea ya de verano, fui a encerrarme a la tarde

en la salita del Rivoli para volver a ver uno de esos mamarrachos en honor al régimen que, tomado con humor, me hace interiormente llorar de risa de tan mezclado que está lo grotesco con lo grandilocuente sin que los protagonistas parezcan siquiera sospechar que semejante puesta en escena de sus tonterías los condena a corto plazo al paredón. Si tres lamparitas inertes no titilaran todo el tiempo en el techo, seguro que el público estaría muerto de risa, pero en vez de eso todo el mundo se levanta y aplaude al final de la película mientras que desde la sala de control hacen sonar *El Himno al Trabajo*, como lo exige el nuevo reglamento.

Esa absurda pantomima en pantalla gigante me habría sin duda divertido un buen rato si, al salir de la función, no me hubiera topado con una dura escaramuza entre un grupo de patriotas y las fuerzas paramilitares para el mantenimiento del orden. Dos milicianos heridos habían llevado a sus congéneres a tal estado de locura que hicieron fuego al azar sobre todo lo que se movía y

que parecía aún querer vivir. En un parpadeo, una decena de jóvenes de unos dieciocho años fueron abatidos incluso estando cuerpo a tierra y a algunos otros los metieron rapidito para adentro y seguramente ya no volveremos a verlos por un buen rato al aire libre. Todos los transeúntes al piso boca abajo en la vereda, gorras y sombreros ya corrían por la acequia, algunos aplastados contra las paredes de los edificios y manos arriba como indica la costumbre. Me había quedado parado delante del cine cual autómatas sin resorte, fantaseando en el aire con la época feliz previa a la entrada en vigor de los poderes excepcionales.

En el camino de regreso pasé por la ferretería Blondet para ver si en una de esas tenían dos pilas nuevas para mi péndulo. Cierto que algunos días uno envejece más rápido que otros, pero me dije que empezaba a ser imperioso que el tiempo retomara su curso lo antes posible.

## La vida de artista

Hoy el trabajo es demasiado insignificante, no alcanza ni para soñar que te comprás una miel-cita al cabo de una jornada garabateando bajo la lámpara e ir, así, a chupar el plástico soñando despierto bajo la luna. Me bombardean de todos lados con que hay que respirar modestamente y muy cerrado, medir con parsimonia los pasos, tener cuidado con el sebo al final de la vela, y sobre todo restringir prodigalidades. En esta época hay que cortar la sardina en cuatro, fijate, me dijo mi mujer, ayer nomás mientras nos sentábamos a la mesa, y ni te digo lo que nos cuestan tus puchos. Me sonrojé un poco. “Dentro de poco vamos a tener que saltar de a dos en las escaleras para no

gastar los peldaños”, pensé para mis adentros, como para no dejar que me tomara tanto el pelo.

Pensé por un instante dirigirme a mi editor y hacerle un pedido para obtener el favor de un modesto adelanto, pero enseguida desistí de esa idea descabellada a sabiendas de que ante semejante tentativa los editores son más sordos que bolsa de papas. Y sin embargo, ¿no me vengo obligando, desde hace más de treinta años, a la severa disciplina que impone el texto corto con el único fin de ahorrarle un despilfarro de papel? Otros, durante ese tiempo, apenas si se inquietaron por tan nobles escrúpulos y se lanzaron en sagas de cien volúmenes de estilo tan pesado y costoso como la demolición de un monoblock en las afueras de la ciudad. Igual son alabados en los catálogos, mimados y bendecidos por los dioses, acaparan honores y recompensas generosamente dotadas mientras yo, impío, quedo a la buena del diablo.

Lanzar una suscripción para lectores tampoco

puedo considerarlo, los míos no son tan numerosos para esperar pasar de golpe y porrazo de fideos hervidos a crumble de salmón al eneldo con salsa de frambuesas y con aroma a vainilla y jugo de frutos rojos de postre. No, me mantengo convenientemente con mi puñadito de fieles en un comercio íntimo hecho de entusiasmo y de amistad; no obstante exento de esa familiaridad cínica que con demasiada frecuencia sólo sirve para disfrazar un descaro de mala calidad. Más sensato, me parece, sería que las cosas siguieran así.

Seguiré entonces adormeciendo mis vetustos días fabricando mi encaje a mano, en la sombra y en la abnegación y sólo por la belleza del gesto, también para ocupar la mente e intentar sustraerme, tanto como pueda, a la turbulenta inquietud del porvenir. Consolándome, en momentos de pena, con la idea de que ponerse la soga al cuello será siempre una solución posible llegado el caso. Cada cosa a su tiempo según el



adagio y para esta noche ¡pan bien duro! Me voy enseguida a comprar una mielcita de caramelo, está decidido.

SIN VALOR  
COMERCIAL

## Juegos florales

¡Qué areópago, Dios mío! ¡Claro que la elocuencia poética iba a ser juzgada en su justa medida y por una docta asamblea! Sobre el estrado reservado a los miembros del jurado y suntuosamente adornado para la ocasión, ya había algunos benedictinos entronados, especialistas ellos en el encabalgamiento de los versificadores castel-bonison-tinos de principios del XX, cuatro profesores eméritos que dedicaron casi toda su carrera a la enseñanza de la prosodia eslava y al aprendizaje del alfabeto cirílico, un doctor *honoris causa* de la universidad de Oaxaca y también un poeta ecológico que vino en trencito desde Carpentras.

Durante toda la mañana y tarde que siguió a

una frugal colación despachada con rapidez en el austero refectorio de la abadía, se sucedieron los pretendientes a la prestigiosa palma. Uno por uno avanzaban cuando les tocaba frente a los jurados para declamar, quién con voz cansina, quién a grito pelado, dos poemas de su repertorio para desaparecer luego lo más discretamente posible y ceder el lugar al siguiente. Todo esto en un ballet criteriosamente ordenado que respetaba casi minuto a minuto el programa oficial que nos habían entregado de forma gratuita los organizadores.

Tuvimos así el honor de escuchar con el correr de las horas las voces poderosas de Timothy Radcliffe, Teresa Voglimacci, Maureen O'Shaughnessy, Setsuko Yasunari, Shoshana Stevens, Gwenaël von Brentano. En un registro que podría calificarse de más intimista se presentaron Igor Phren, Onur Yilmaz, Ilham El Alaoui, Denver Restinghale, Ernesto Onrubia, Kim Kwon-Yun, Evguéni Smolienko. Finalmente el poema ecuestre fue admirablemente representado y defendido por Lily Strepetow, Ellen

Kremzow, Virginie Kenebel, Zora Truzzi y Angélique Chiarini, las más agraciadas musas a caballo blanco de toda la historia de la poesía.

Por fuera del concurso, Naïso Baldakchan dio una interpretación fulgurante de su *Tercera Canción golde*, la cual hizo circular un delicioso estremecimiento de entusiasmo entre el público conquistado; luego, como para coronar esta jornada sin igual, se elevó por debajo de las bóvedas la fuerza encantadora, reconocible entre todas las otras, de Maria Soudaïeva en una incandescente ejecución de *Con las Nuevas Ninfas*, extracto de sus famosas *Instrucciones a los Combatientes*.

Ya se hacía tarde y el cielo se azulaba a lo lejos cuando, luego de haber maduramente deliberado a puertas cerradas, el eminente jurado retornó y nos anunció que finalmente fue Jeannine Moutarde<sup>1</sup>, de Bourg-en-Bresse (Francia), quien se llevó la palma.

<sup>1</sup> Yanina Mostaza (n.d.t).

## Fuerzas especiales

La verdad, no se termina más. Desde ayer a la tarde, a eso de las cinco me parece, tres unidades de las fuerzas especiales se adueñaron de la plaza y en un santiamén recubrieron todo el barrio con camisa de fuerza sin ningún miramiento. Ya es la segunda vez en menos de un mes que nos vemos sometidos a esas maniobras arrogantes y brutales de intimidación y tenemos que sufrir sin chistar las contrariedades que resultan de ello, como si la autoridad sólo pudiera ejercerse bajo la amenaza y por los temores que suscita. Así desde el alba era imposible hacer más de tres pasos por el bulevar sin tener que mostrar a cada rato los documentos de identidad, libreta mili-

tar y de familia incluidas, a esos carcamales de uniforme cuyas groseras maneras causan menos gracia que un bombardeo de meteoritos en medio de una calle peatonal. En esas condiciones, el simple hecho de ir a comprar el pan, o de tratar de acercarse a una boca de subte para llegar al centro de la ciudad parece una prueba de obstáculos, exige un profundo dominio de sí mismo al tiempo que un sistema nervioso a prueba de todo. Algunos están a punto de quebrarse, es patente.

Recién es mediodía y el día ya empieza a hacerse largo, el aire sofocante. Las caras se alargan y en las veredas los pocos transeúntes requeridos por sus obligaciones apuran el paso; van fastidiosos sin mirar los blindados apostados en cada esquina, tampoco los perros de guardia sin bozal babeando los pies de los uniformados. Cuando todos adoptan un perfil bajo, se siente en el aire que una sorda ira contra el poder y sus artimañas se incubaba en las mentes; seguro que pronto ese caldo de revuelta y de deseos contenido por demasiado tiempo va a

desbordar las fuerzas de opresión, quizás entonces podamos esperar días mejores. Por ahora todo el mundo cierra los puños y se pregunta en su fuero interno por las razones que pudieron motivar semejante ensañamiento en nuestra contra.

Desde luego nuestro barrio sigue rebelde e irreverente, tanto por su reputación como por su historia, y se organizó acá, mejor que en cualquier otra parte, una sólida resistencia al régimen aun antes de que sus instigadores hubieran cumplido con sus propósitos pero, que yo sepa, desde hace ya un siglo, escaramuza alguna, tampoco el menor inconveniente, logra perturbar el orden público y el día a día ofrece toda la apariencia de un lugar calmo y tranquilo en el que la población vive y se pone en marcha al ritmo de las reformas en perfecta armonía con el poder central.

Qué hacer frente a esa política de presión y de chantaje de la cual pagamos los costos más seguidos de lo que deberíamos. ¿Y cuánto tiempo más va a durar esto? No se sabe.

## Fuego

Sirenas y bin bon que te rompen los tímpanos por todo el cantón, gran escalera, rotura de vidrios, ¡zafarrancho general! Avisados por vecinos compasivos, los bomberos desembarcaron a toda velocidad temprano esta mañana para intentar localizar un incendio de pareja en un departamento del quinto piso del edificio de enfrente. Todos nosotros estábamos acodados en las ventanas, un poco como en el teatro o viendo títeres, en vilo por la curiosidad de saber cómo iba a terminar ese famoso suspense y si tanta pasión durante tanto tiempo ultrajada iba ahora a explotar furiosamente en la cara de la vieja pareja, para gran perjuicio de los bomberos convocados



a salvar lo que podía salvarse, a evitar lo peor: que el drama se propagara más allá del domicilio conyugal hasta mancillar el buen nombre de todo el edificio, incluso del barrio. Pensaba para mis adentros en la costurera del segundo que, seguramente, se iba a calentar un poco por haberse perdido aquel alboroto, demorada en la otra punta de la ciudad por perifollos y puntillas y privada así de chismes y cotilleos.

Los tortolitos paleontológicos que originaron el revuelo se fueron a vivir juntos el siglo pasado, vivían ahí desde hacía más de treinta años y apenas si habían llegado a cruzar los límites del distrito; es decir que entre el triperero del bulevar, la panadería Bernard y el kiosco de diarios de la esquina eran más conocidos que la ruda y daban por todas partes la imagen de la armonía perfecta: él pipa en la boca y siempre en la suya, ella inspiradora de una confianza ciega.

Ella había ocultado tremendamente bien sus intenciones si le creemos al jefe de bomberos

que acababa de apagar a duras penas en lo de la vieja señora en llamas diez años de adulterio y canitas al aire con un proxeneta jubilado, desde hacía mucho tiempo aficionado a la pedofilia con nenitas como el que más. Él, agobiado y deshecho, por dentro el dolor lo consumía lentamente, igual que la tripa de un cigarro consumida en cenizas hasta tocar el anillo que marca el punto en el que es mejor detener todo antes de que un gusto demasiado agrio te impregne la garganta. La mano dura se revelaba sin ningún efecto ante esa combustión rampante que le retorció el pecho; sólo el tiempo podría quizás remediarlo. Los daños eran considerables.

Igualmente a media mañana todo había terminado, habían replegado la gran escalera, los bomberos habían partido hacia otros incendios, a llevar los primeros auxilios a los asfixiados, a rescatar a los ahogados y a descolgar a los ahorcados, a veces también a sacar de apuros a audaces gatos en los techos. No me quedaba más que

agarrar mi canasto e ir a dar una vuelta por la feria, con la idea en mente de invitar esta noche a la costurera del segundo a tomar una copa.

SIN VALOR  
COMERCIAL

## Los acontecimientos

Los acontecimientos de los últimos días llevan a pensar que la situación no está cerca de revertirse. Soñar con un simpático arroyito al borde del cual pescar con línea lo más pancho o fantasear con largos farniente bajo los follajes en compañía de algunas picaronas en enagua no parece precisamente vislumbrarse en el horizonte. Esos jugueteos quedaron para el día del arquero, hundirse entre las delicias del distendimiento para cuando las vacas vuelen, y ahora a laburar que hay que poner en marcha la máquina y encaminar este radiante país.

Desde el lunes que no se puede hacer ni una compra en el bazar de la esquina sin escuchar

como banda sonora el *Himno al trabajo* o algún estribillo pseudopatriótico por el estilo, mientras que los grandes negocios te chantan durante todo el día y en continuado exactamente las mismas idioteces pero a todo volumen. Fui a lo de Blondet a comprar dos pilas para el reloj de la cocina que marcaba nuevamente una fastidiosa tendencia a demorarse demasiado para los tiempos que corren; ni bien empujo la puerta que ya estoy acosado por esos estúpidos dim bum bam capaces de hacer pedazos en menos tiempo de lo que toma decirlo la mente más retorcida.

—¡Y soportás esto permanentemente en tu negocio! —le digo; —Mejor así —me responde con pinta de desgraciado—, es más criterioso, ¿entendés?”. Sabía que Blondet era un cachito filósofo quincallero, pero igual...

Los acontecimientos desde luego precipitaron las cosas, eso seguro; no me van a impedir sin embargo pensar que esta nueva mística de la libertad por el trabajo fue hábilmente urdida desde hace

ya un buen rato por los que tienen la manija, todo el resto desgraciadamente no hizo más que llevar agua para su molino. ¿Cómo explicar si no la cuarentena inmediata de comediantes y saltimbanquis, el súbito cierre de los teatros y otros lugares de esparcimiento; el restablecimiento —provisorio, dicen ellos— de la censura y, simultáneamente casi en todo el país, la organización de las quemas en un santiamén de obras prohibidas? ¿Se generaron de manera espontánea estas Brigadas de Jóvenes Trabajadores en uniforme de opereta que persiguen de calle en calle desde ayer a la mañana a desempleados, pensionados e inactivos con la arrogancia y brutalidad de bandas sobradamente preparadas para tal labor? No, aunque digan que incluso antes de que tomaran el poder esas medidas liberticidas fueron cuidadosamente elaboradas en vistas de ser aplicadas en el momento oportuno, nada me hará dar el brazo a torcer.

Gracias a Dios estoy rodeado de más de uno que, pese a vivir en la vorágine del día a día, trabaja en

silencio con determinación para que retornen los acontecimientos que todos esperan sean entonces decisivos.

SIN VALOR  
COMERCIAL

## Entierro

Me pregunté varias veces de dónde cierta gente saca esa manía de seguir sistemáticamente todos los entierros que te pasan ante las narices, sea cual sea el fiambre honrado que encabeza el cortejo y sin conocer de entre toda la parentela ni a la tía ni a la abuela ni siquiera a alguno de sus allegados o a uno de esos que van de compromiso. Qué extraño goce el de ir tras los pasos de todos esos fenecidos sin siquiera saber hasta dónde eso puede llevarte. Martin es así, capaz, de improviso, de acompañar al diablo en un furgón lleno de flores y de lágrimas artificiales de un farmacéutico a quien el día anterior ni siquiera conocía.



Vi con mis propios ojos desfilan desde mi ventana masas prodigiosas detrás de una viuda flacucha y desgarbada sola al frente del cortejo; un poco enloquecida por el sordo murmullo de todos esos lerdos ignotos a sus espaldas y cuya verdadera angustia daba pena observar. A medida que avanzaba el cortejo, mirones primero intrigados se persignaban en el cordón de la vereda, después, como imantados, se pegaban a esa masa compacta mientras que de los edificios de cada lado de la calle las matronas en bigudíes dejaban precipitadamente pibes y cacerolas para bajar rajando de los edificios e ir en transe a engrosar aún más la multitud en marcha. En el cruce, como la circulación estuvo por un buen rato completamente cortada por esa marea humana, los pasajeros bajaban de sus vehículos y algunos automovilistas los dejaban ahí justo en el medio de la calzada para ir de común acuerdo a darse codazos y pisotones en el tropel del piadoso desfile. Nadie podría haber dicho qué ilustre desconocido era causa de tan considerable

agrupamiento ni si la viudita toda torcida caminaba todavía adelante; como un gigantesco absceso, la multitud se hinchaba sola hasta reventar, así de fácil, y hasta rozaba de verdad un gran descalabro.

¿Será para romper con la monotonía diaria y por miedo a morir de aburrimiento que todos esos ladrones de entierros acaparan sin vergüenza la muerte del prójimo y la usan de inmediato como una lamentable distracción? ¿O les basta desperdiciar juntos un día cualquiera y así matar mejor el tiempo hasta el callejón sin salida de los Pasos Perdidos para llenar una vida y colmarlos de confort? Al no ser la situación actual para nada graciosa, convengámoslo, ¿será quizás que en un raptó de altruismo, toda esa gente se aglutina detrás del primer ataúd que aparece para que no disminuya la inconmensurable tristeza por el difunto y así el estado de abatimiento general no se pierda por completo?

Sin haber tenido jamás un muy sólido apego a la vida ni haber sentido nunca un gusto des-

medido por las cuestiones domésticas, al menos siempre me he negado a esos frívolos entretenimientos con la cosa mortuoria, los cuales muy a menudo me dejan atónito. Ojalá en mis propios funerales sólo se vea detrás de mi coche fúnebre, apenas al trotecito si es posible, a cuatro poetas y a una rapada como magra escolta y único viático. Con eso bastará para que sea feliz.

SIN VALOR  
COMERCIAL

## Puerta a puerta

El vendedor sucho de orgasmos puerta a puerta se topó con un escollo esta mañana: la ex monja de la planta baja hace diez años que se pasó a la ninfomanía. Como buen hombre de rutina, pone manos a la obra orgulloso de arrancar temprano su jornada y agarra por lo general a su clientela en déshabillé; se lo suele ver sonando la corneta a la hora del lechero y proponiendo sus prestaciones a gente a la que sorprende emperifollada o que aparece medio desnuda bajo el marco de la puerta al salir del baño. Entre las seis y las ocho hay un hueco libre para hacer caja, él lo sabe, entonces le pone garra y se entrega a fondo, es esa una de las principales exigencias de la profesión.

Igual tenía que estar muy mal informado para venir a vender a domicilio desde el alba esa criatura fijada en su vicio y conocida en todo el barrio por estar a un pelo de cumplir con su función si algunos restos de sus antiguas preocupaciones no hubieran aparecido para disuadirlo. No hay un solo varón en todo el edificio que no haya tenido que sufrir sus avances o incluso sus acosos, para algunos de un hostigamiento constante, aunque cada quien evita pasar delante de su puerta, y aunque ante el pedido generalizado nuestro síndico le prohibió recientemente andar mostrándose por los pisos sin motivo serio.

Apenas el infeliz había tocado a la puerta cuando, cerrojo quitado prontamente, fue capturado como insecto por un pájaro de noche y apurado a cumplir con su función sin procedimientos, sin que le fuera siquiera concedido el tiempo para desplegar su catálogo, exponer en detalle sus diferentes ofertas de servicio y las tarifas correspondientes. En un dos por tres, vuelta carnero

sobre las baldosas del pasillo, y ahí está ella a caballito sobre él y él haciéndole pasar las mil y una y, créanme, gritando como condenada, con estertores y aullidos de infierno que subían por el hueco de la escalera hasta el techo; era muy fácil imaginar a la tiparraca dándole una buena murga al desgraciado vendedor. Cierto que es de no creer, pero ese escandaloso comercio se prolongó durante buena parte de la mañana y sin la más mínima pausa, sólo eso les digo.

Completamente destruido por su terrible desventura y de veras escaldado, nuestro vendedor-sucho de orgasmos, de licencia por una quincena, estaría considerando en los tiempos que corren volver a ser limpiador de vidrios luego de una estadía para recuperar la forma en Brides-les-Bains. Conozco a más de una en el barrio, e incluso fuera de él, que va a agarrarse una buena bronca con la que colgó los hábitos de la planta baja, eso seguro.

## Leer

A una pareja de estudiantes de Bellas Artes la agarraron en flagrante delito mientras leían, él una novela de Zola, ella (lo que no va a dejar de agravar seriamente su caso) un samizdat de V., en el servicio Lyon-Orléans de las dieciocho cuatro, ayer. Tres jóvenes reclutas novatos y versados en la nueva Policía del Pueblo, seguro que por querer hacer buena letra de entrada y mostrar el ardor con el que sirven al régimen, accionaron por propia iniciativa el control sorpresa justo antes de la partida del tren. Los dos redomados provocadores se hicieron moler copiosamente a palos sin que nadie osara reaccionar en el vagón, para luego ser lleva-

dos *manu militari*<sup>1</sup> a la comisaría central a responder por su conducta. Martin, que me trae la noticia, agrega que en este momento el futuro de la pareja no da ni dos mangos en el arte del autorretrato.

Es verdad que desde la entrada en vigor de este imbécil decreto que prohíbe leer en espacios públicos todo escrito que no sea de la prensa del Estado o las obritas de tapa azul oscuro del ministerio de Formación Cívica, estamos ante una verdadera caza de recalcitrantes, una persecución sin tregua y sin piedad de fraudulentos de toda calaña. Ciertamente el número de conciudadanos aún encaprichados con la literatura se vino visiblemente a pique desde la reforma drástica de la edición, la zarabanda rabiosa de las tijeras de la censura y las medidas apremiantes relativas al comercio de librería, pero igual sigue siendo un número importante y sigue estando compuesto por individuos bastante decididos a

<sup>1</sup> Expresión latina que significa “con métodos militares” (n.d.t.).



causar problemas. En cuanto a los disimuladores de todo tipo, recurren a subterfugios de tal ingeniosidad para saciar su pasión que podemos imaginarlos sacando la sustantífica médula del *Manual para el uso del Hombre Nuevo* (de tapa azul oscuro) cuando en realidad están sumergidos en algún jugoso capítulo de Proust.

Ya era para doblarse de risa cuando Ellos impusieron sobre todas las obras de ficción esas grotescas bandas rojas y blancas marcadas con inscripciones tan absurdas como “Leer puede ocasionar lesiones cerebrales graves”, “Leer puede provocar daños oculares irremediables” o “Leer puede dañar los espermatozoides y reducir la fertilidad” y otras burradas innobles salidas directo de su mente retorcida. Pero cuando la subsecretaria de Estado a cargo de Actividades Culturales y Tiempo Libre declaró en un discurso célebre por su estupidez querer “mandar a cargarse a los desviados hasta en los meaderos” (sic), entonces ni les digo el malestar mezclado con angustia que

se apoderó de todos para los que leer algo que no sea las novelas rosa de los editores contratados representa la única esperanza de evasión, el último espacio de libertad. Son numerosos los que (como yo, admitámoslo acá con discreción) propusieron tener en stock en lugar seguro distintos títulos de sus autores predilectos por temor a que pronto se considere sospechosa, si es que luego no la prohíben, la posesión de biblioteca en el domicilio. ¿Hará falta el día de mañana coserse los párpados para parecer un ciudadano ejemplar?

Igual todavía revolotean aquí y allá algunas palabras que escaparon del yugo de la mediocridad impuesta y de la literatura mercantil, la mayoría publicadas clandestinamente por rabiosos de temeridad inquebrantable, vendidas por lo general por vendedores ambulantes o en las trastiendas de librerías rebeldes, y que hacen felices a algunos irreductibles, a amantes de las buenas cosas o a impenitentes ancianos como yo. Pero todo esto, ¿por cuánto tiempo más?

## Indiferencia

Lo poco que conozco del buen hombre, todo por runrún o por chusmerío, rozaba la nada misma. Claro que un día lo agarré en déshabillé escuchando por la ventana de su sexto piso a la calle después de echar un vistazo alrededor, modo de actuar que no me inspiraba mucha simpatía, ustedes me entenderán. Me lo cruzaba raras veces, abajo del edificio o tarde en el bulevar, arrastrando el deterioro de sus viejos días como traperero una carreta de miseria, mucho más no sabía. Era un desamparado, viudo prematuro de una molinera que encontraron colgada de un hilo de seda en su trabajo, hace lustros de esto, y que vegetaba desde entonces en sus cuarenta metros cuadra-

dos cual indio en su reserva, aferrado al pasado, que encima se deshizo de un pez rojo tirándolo por el inodoro, según lo que se decía malintencionadamente por aquí y por allá.

La costurera del segundo, que siempre se las da de muy informada y de saber todos los chismes, me dice que tenía por costumbre, sus escasos ahorros metidos en los calzones, ir todos los días al anochecer ocultándose entre las paredes a comprar medio pan, un cartón de leche o la mayoría de las veces sardinas en lata al autoservicio de la calle Barrot, que volvía como un ladrón para encerrarse bajo llave en su caverna de donde nunca salía nada, ni siquiera paquetes, apenas unas pobres sobras de comida, y que conservaba todos esos desechos con meticulosa manía en un rincón de la cocina hasta hacer chorrear la pintura podrida de la pared. ¿En qué siniestros pensamientos podía perderse durante días enteros machacando incansablemente la miseria de toda una vida, encerrado en lo que se volvió poco a poco un verdadero tugurio?

Más allá del común de la gente de costumbres simples y de los burgueses bien pensantes, los barrios también están poblados de miserables devastados por el fardo de la vejez y a quienes la espantosa soledad de los excluidos a veces precipita a la locura. La masa bulliciosa y apresurada de los boulevares en su apuro por llegar a ningún lado los ignora, miles de miradas durante el día los atraviesan como si pasaran obstáculos, sin siquiera verlos. Viejo señor desamparado que deja caer a propósito su monedero vacío en la vereda con la esperanza de llamar la atención, de que algún fulano se lo recoja, de confundirse entonces en agradecimientos y poder, tal vez, entablar un poco de charla. Al contrario, otros se atrincheran definitivamente contra el mundo, abandonan la vida y se deslizan suavemente en el precipicio sin fondo del olvido. Él pertenecía, seguro, a esta segunda categoría.

Esta mañana entonces retruco, sirenas y binbon que te rompen los tímpanos, escalera larga,

rotura de vidrios, ¡zafarrancho general! Volvieron los bomberos. El mismo equipo que vino hace poco a apagar el incendio de la pareja del quinto opera esta vez en el piso de arriba. Vecinos importunados por el hedor tenaz que emanaba desde hacía ocho días del departamento se decidieron por fin a dar alerta. El pobre tipo habría pasado a mejor vida hace de esto al menos dos semanas según el médico al que llamaron. Ante la orgullosa indiferencia de unos y otros, dejando como único aviso fúnebre esa pestilencia infernal por debajo de su puerta.

## Resistencia

Se acabó, a pesar de las bravuconadas de los fanfarrones del gobierno que andaban todos repitiéndonos sin descanso que esa eventualidad era pura fantasía de derrotistas e incluso propaganda de la oposición clandestina, sufrimos desde hace más de una semana cortes de luz que ocurren de improviso y que se prolongan a veces durante horas, todos los días. Claro que nos gustaría que esta situación fuera pasajera, pero luego de las severas restricciones en el uso de agua el año pasado, que nos habían sido presentadas como provisorias y a las cuales hoy en día todo el mundo se ha visto obligado a habituarse, algunos graciosos ya no dudan en pronosticar como

quien no quiere la cosa que mañana a la mañana se acaba el mundo y que chau gas en todos los pisos.

Doloroso cómo se dio vuelta la tortilla para el grueso del pueblo que entró como un caballo en esta lamentable aventura, hipnotizado por el discurso de charlatanes que prometen propagar por todo el país las metástasis de la Felicidad, siempre y cuando cada uno ponga lo suyo, se ajuste el cinturón y labore el doble, por supuesto. Veo en las caras de desconcierto que me cruzo todos los días en el bulevar cuánto lamentan la credulidad sin por ello aventurarse en el más mínimo cuestionamiento al régimen, por supuesto que la policía, omnipresente, es afanosa, pronta a desenfundar, pronta al crimen. Seguro va a haber que adaptarse a este tipo de vida por un tiempo y sufrir sin chistar este regreso violento de la escarlatina, del colinabo y de las ratas en las calles antes de que se organice de verdad la resistencia a la opresión y de que el pueblo recupere sus derechos.



Lo trágico de esta historia es que algunos todavía esperan poder escapar a lo peor como por arte de magia, aguardando sentados en el banco de la cocina que el agua vuelva a la canilla y la electricidad al interruptor, cuando afuera empiezan a aparecer jóvenes patriotas a quienes dejan ir solitos al muerte ante las fuerzas paramilitares encargadas de mantener el orden. Recién nomás, cuando salía del Rivoli adonde había ido a ver una payasada en honor al régimen para matarse discretamente de risa, me encuentro siendo testigo de una de esas escaramuzas sangrientas que son cada vez más frecuentes y que a menudo dejan despachurrados a nuestros mejores hombres. Evadirse en sueños, a la noche, entre las rayas del pijama, va a ser pronto la única escapatoria posible a esta pesadilla ¿O por fin vamos a despertarnos y pasar a la acción?

La costurera del segundo, que en la cabeza no tiene más que su matayuta sesentaiochista (en perfecto estado de funcionamiento, según sus

dichos), se muere por irse a las manos cuanto antes, ya se ve agitando en las barricadas, quería que nos lanzáramos a la batalla sin demora, como a tientas, en definitiva. La exhorto a moderar por un tiempo más su fervor; dentro de poco estaremos listos para operar: esta noche me puse en contacto con la Organización.

SIN VALOR  
COMERCIAL

## Un tipo macanudo

Siempre se había vanagloriado de ser un tipo macanudo, que trataba a la gente con equidad. No buscaba imponerse, como machacaba cada dos palabras. De todos modos yo no podía olvidar el hecho de que le había parecido bien deshacerse de su propia mujer por una divergencia de opinión sobre el darle o no una educación religiosa a su único retoño; un solo golpe con el rizador en el medio de la cara fue suficiente. Josyanne falleció en la sala de urgencia, en dos patadas el nene estaba anotado en catequesis. Desde luego, todo el mundo hizo la vista gorda al respecto —¡no se hable más!—, yo no, no lo había olvidado; más o menos me había acostumbrado, eso es todo. Me

pueden acusar perfectamente de mente estrecha, pueden decir que soy un terrible aguafiestas por querer remover siempre la vinagreta del pasado, nada me hará dar el brazo a torcer: hay actitudes en la vida que me siguen pareciendo chocantes y que mucho no me gustan, es así.

Ahora van a entenderlo: sin mucho entusiasmo fui arrastrándome ayer a la mañana hasta San Buenaventura para la ceremonia de comunión solemne del muchachito (no ponía un pie en una iglesia desde hacía veinte años, ni siquiera voy a los entierros de amigos). Mi mujer fue la que quiso hacer buena letra en este asunto e incluso la que nos embarcó en este deplorable jolgorio de bufonadas clericales. Henos aquí entonces al mediodía y monedas en el célebre Albergue a orillas del Saona donde, luego de mil zalamerías y de la entrega habitual de regalos al joven muchacho, atacamos finalmente la sopa de ranas y las *quenelles* al berro antes de entrarle con entusiasmo a un ave de Bresse en vejiga a la “*Mère Fillioux*”

mientras nuestro anfitrión, más engreído que nunca, perorata al vacío, dispensa a la concurrencia sus preciados consejos, le gustaría lograr que todos se casaran con sus ambiciosos deseos para el destino de Europa y el porvenir del mundo. No obstante, sin buscar imponerse, como lo repite sin cesar entre un bocado y otro. El temible fanfarrón nos embriaga mucho más que Pomerol y Saint-Emilion<sup>1</sup> juntos, después nos va a arruinar los placeres de la mesa, para terminar haciendo que los postres nos den asco. Ni bien degustamos el queso de cabra fresco y justo cuando se anuncia la mesa dulce, vemos a nuestro joven comulgante levantarse abruptamente rígido sobre su silla y descargar a quemarropa una Beretta 92 sobre su pobre padre cuyo cráneo salta por los aires proyectando pedazos de cerebro e incluso puntas de lengua casi por todos lados. ¡Adiós dulces, delicias y glotonería, la fiesta terminó!

<sup>1</sup>Vinos producidos en estas regiones del SO de Francia (n.d.t).

Desde luego matar a los padres es algo normal, igualmente hoy me pregunto y busco saber quién de nosotros tuvo la idea cuanto menos original de regalarle al querubín esa pistola de quince tiros de temible eficacia para semejante ocasión. Ese, me digo, seguro que no tiene ni un pelo de tonto.

SIN VALOR  
COMERCIAL

## Terreno baldío

Una más de esas innumerables mañanas en las que, ni bien pongo un pie en el suelo, me siento exactamente como un terreno baldío en el que se puede encontrar desde lo peor hasta lo mejor y, muchas veces, algo realmente sorprendente. Nada claro en mi cabeza, las ideas barrocas que la noche siempre acarrea se precipitan en un inextricable revoltijo, ningún límite a los cambios de humor más caprichosos, ningún límite a las fantasías más desconcertantes. Baldío donde prospera el rudo yuyo de los insumisos, cerca de un charco al pie de un montón de material, también el azul frágil de una miosota. De un talonazo mandar a pasear detrás de sí la vieja cacerola de

aluminio de una vida demasiado abollada y pasar acto seguido a asaltar la diligencia en el *western* de un día que recién empieza.

¿Por qué me serví un glorioso vaso de mezcal a tope (desde el cuello de la botella hasta el gusano del fondo) en vez de mi habitual bol matutino de manzanilla? Para afrontar, me imagino, un gran embrollo venidero que sería un peligro desconocer y del cual tenía seguramente divina premonición, privilegio de la edad por supuesto. Lo cierto es que ahí estaba en esa oportunidad todavía más envalentonado que Wellington cuando llegó Blücher<sup>1</sup> mientras el emperador andaba tirado en los repollos. Que estaba motivado es poco decir, y firmemente decidido también a no dejar que me tomase el pelo ningún inoportuno o aguafiestas cualquiera, ni a dejarme atrapar en una emboscada o en una trampa de ratis. La ciudad es

<sup>1</sup> El duque de Wellington y el mariscal Blücher dirigieron respectivamente el ejército de los aliados y el de los prusianos, que lucharon contra Napoleón I en la batalla de Waterloo (n.d.t).



incierto en estos tiempos policíacos y los abusos pueden llegar en cualquier momento; ¡pero el día pinta tan lindo!

Había un viento fuerte y picante, a través de las capas de brumas durmientes ya aparecía el sol como jóvenes pechos bajo un pulóver descolorido, el pavimento brillaba con pulido mágico después de las lloviznas de la noche, cuando a la vuelta de la calle principal descubro de repente la plaza central ocupada por todo un regimiento de carros de combate con el escudo del águila de dos cabezas estampado, una soldadesca confusa y bullanguera esmerándose por tratar rudamente a culatazos y palazos a una masa de estudiantes llevados a los límites de la revuelta que querían conocer el porqué y el cómo de esa desconcertante invasión. Esto ya huele fuerte a sangre, ante la proximidad de lo peor yo por mi parte me hago cobardemente muy pequeño y me eclipso como la coma encargada en una tragedia en prosa de marcar la última pausa antes de la catástrofe.

Trescientos metros y caigo en una enorme procesión de escarabajos gigantes con cabeza de pala que desembarcan en filas compactas en el bulevar y cuyos impresionantes tórax cornudos casi que impiden el acceso. Por su tamaño estos coleópteros fuera de serie superan todo lo que puede imaginarse de colosal, su caparazón cuyo resplandor metálico enceguece bajo el sol termina dándoles la apariencia singular de monstruos prehistóricos. A lo largo de toda la calzada y mordiendo incluso la vereda los cien mil pares de patas potentes y dentadas de ese abominable cortejo marrón hacen rodar enormes pelotas de materia fecal que infestan el aire hasta que no se puede respirar más.

Adiós bello entusiasmo de la mañana, estas numerosas conmociones y muchas otras que tuve que sufrir con el paso de las horas empezaban a sacarme de quicio.

¿Cómo llegué a estar pancho a la tarde, un buen libro en la mano, hundido en mi sillón acolcho-

nado? Todo lo que puedo decir es que hay que agarrar corazones de pita de treinta a cincuenta kilos y hacerlos cocer bajo tierra setenta y dos horas en hornos de piedra calentados a fuego de madera y cubiertos de follaje, y que luego hay que molerlos y dejarlos macerar en toneles de roble para destilar por fin todo de una sola vez en un alambique de cobre; y que es en estricto respeto de esa tradición secular que en México los descendientes de los mixtecos y de los zapotecos del estado de Oaxaca fabrican este famoso mezcal, que más que un alcohol es primero bebida de dioses, igual ahora pienso que es mejor no abusar, sobre todo al levantarse.

## Razias

Atraparon a dos más no muy lejos de acá, a media mañana. Uno petisito morocho, con ojos de huevo y tez bastante morena, es cierto; el otro, qué decir, no paliducho pero sí con bastante pinta de atormentado. Los hicieron caer en la trampa sin gran dificultad, jugando con el efecto sorpresa; los dos pibitos se dejaron atrapar como gorriones sin que nadie tuviera tiempo de intervenir, ni siquiera de protestar o de hacer alboroto para impedirlo. Aprovecharon muy hábilmente el lindo despiole que se arma siempre al mediodía en ese lugar para caer de prepo, agarrar a uno de los hombros, al otro que ya pataleaba como un cabrito del brazo, meterlos a los dos en la furgon-

neta y arrancar como tromba. Sin duda la operación se había preparado de antemano y nadie, delante de la escuela, vio venir nada ni siquiera hubo tiempo de reaccionar ante los hechos; en un periquete el asunto estaba archivado ¡y que sea lo que sea!

Estoy obligado a hacer notar, digamos desde que nuestro último Dirigente entró en funciones, que este tipo de intervenciones tiende a multiplicarse por todas partes en la ciudad y más precisamente en nuestro barrio. A los hijos de inmigrantes, que era frecuente ver desaparecer sin dejar rastro, parece que ahora se suman los de sus familias que pasaron a ser semiclandestinos o, de un modo más simple, que los rumores tildan de poco favorables al régimen incluso de ajenos a las nuevas ideas. Si la cosa sigue así pronto no se les va a poder perder pisada a los niños o va a haber que coserles a grandes puntadas la contraseña del poder en la parte de adelante del abrigo para verlos en la cena a la noche.

Por no hablar de ciertos abusos hasta ahora cuidadosamente barridos bajo la alfombra por las autoridades pero que, a pesar de todo, empiezan a dar la nota en una sociedad que se proclama ante los ojos del mundo entero como absolutamente ejemplar. Para no ir tan lejos, el jueves pasado nomás, ese chico perseguido por los pisos de uno de esos grandes edificios de *Memorial Avenue* donde creía haber encontrado refugio fue hallado medio muerto sobre el pavimento luego de haber caído del cuarto piso. Con sólo doce años de edad claro que su caso no puede sino ser tomado en cuenta por las estadísticas del Ministerio del Interior; semejantes medidas de pata colaboran sin embargo para instilar una cierta confusión mezclada con aprehensión y temor en una parte de la población. Valientes de ayer aún entusiastas partidarios del nuevo sistema y que daban la vida por sus jefes y por las banderas del momento, hoy empiezan a dudar.

A veces me pasa que me pregunto si habrá que esperar a que haya desaparecido casi todo el

mundo para que al final reaccionemos y, juntos, volvamos a emprender algo; diferente e incluso en otra parte si fuera necesario.

SIN VALOR  
COMERCIAL

## Ejercicios de intimidación

De tres a cuatro, en medio de la noche, vinieron a tamborilearme en la puerta casi sin parar turnándose uno y otro para respirar un poco, con tanta dedicación por la tarea que iban a terminar magullándose los puños; de hecho no creo que fueran más de dos. Ni un grito, ni una amenaza, ni siquiera intercambiaron palabra entre ellos; se contentaron con martillar la puerta a trompadas de manera totalmente mecánica con la aplicación con la que puede trabajar un obrero conciencizado preocupado sólo por mantener la cadencia y respetar escrupulosamente el horario. Este barullo de una hora sacudió todo el departamento del piso al techo y nos mantuvo alerta para afrontar



lo peor, sin embargo no chistamos ni movimos un pelo, ni siquiera prendimos el velador de la mesa de luz, esperando en la oscuridad que pasara la tormenta. A las cuatro en punto se fueron como vinieron, sin decir palabra, sin hacer ruido.

Este tipo de práctica hacia los detractores del régimen, los contestatarios o los tomados por tales, tiende a volverse moneda corriente desde la entrada en vigor de los poderes excepcionales debido a las recientes crispaciones de la opinión pública, éstas mismas engendradas por el agravamiento sin precedentes de la crisis alimentaria. Estas nuevas indisposiciones no hay que tomárselas más que como ejercicios de intimidación buenos para desalentar a eventuales protestatarios, ejercitarse sin cesar en controlar mejor los nervios y, en cuanto al resto, no hacer más caso; pasamos muchas de éstas desde la llegada al poder de estos pretendidos líderes sin envergadura alguna aunque tan embebidos en ellos mismos como despojados de todo escrúpulo y para quie-

nes crímenes y sevicias de todo tipo nunca fueron un problema. ¡No está muerto quien pelea y vamos a resistir!

De todos modos esta mañana todo el edificio estaba bastante conmocionado por nuestra desventura nocturna y, aunque la solidaridad para con nosotros fue absoluta en todos los pisos, algunos no escondían su zozobra al vernos así agredidos por estos ladronzuelos al servicio de las fuerzas policiales; la soprano lírica, siempre tan shakesperiana en sus reacciones a flor de piel, nos aconsejaba incluso un veraneo de una semana o dos en su casa de campo, cuestión de olvidarse de nosotros por un tiempo. ¡Gracias! Pero no deseo para nada hundirme en el olvido, le dije, mientras la costurera del segundo, completamente endiablada, ya proponía ir en delegación a la comisaría central para presentar una protesta colectiva de todos los copropietarios. Como la propaganda oficial nos había explicado de sobra que allí oficiaban unos tipos que saben

matar con sus propias manos al menos de treinta y siete formas diferentes y sin dejar rastros, este fantástico proyecto no duró mucho. No, creo que realmente no hay mucha más vuelta que darle en este sentido.

En una palabra, si se plantan de nuevo frente a mi puerta la próxima noche para seguir con su satánico jaleo, me propongo lisa y llanamente poner al mango Cecilia Bartoli con su *Exsultate Jubilate* de Mozart, hasta la implosión total de la casa. Soy de la opinión de que este tipo de individuos debe rehuir la música como la peste.

## Malamute

Una hasta ahora bella desconocida, de visita en el barrio, acaba de ser devorada en cinco segundos por un malamute de Alaska de unos cuarenta kilos con incisivos articulados en tijera y cuyo ojo travieso y curioso provocaba no obstante cierta simpatía. La semana pasada a una niña regordeta inspectora de zócalos le ocurrió una desgracia semejante con un mastín napolitano, raza pacífica y afectuosa con los niños si las hay, y no quedó de ella en el cordón de la vereda más que una sogá para saltar y un gorro de algodón en penoso estado. Una nonagenaria enmuletada y puro hueso fue también alcanzada por un perro callejero cuando volvía del mercado, el cual, des-

pués de tirarla al piso de golpe, se la manducó de un solo bocado.

Si no tenemos cuidado, si se repiten demasiado seguido, es cierto, estos pequeños incidentes podrían a la larga colmar la paciencia de los mejor predispuestos hacia nuestros amigos de cuatro patas; a eso, por desgracia, hay que tenerle miedo. Por un bebé comido apenas por la mitad en su cuna cuántos gritos de descosidos lanzados por aquí y allá en la más perfecta incoherencia, cuántos “aguante el crimen” llamando a la venganza del incidente sin conocer más que por chismes los cómo y los porqué. Seguimos rodeados como siempre de una multitud de gruñones prestos en todo momento a usar el pretexto más fútil para suscitar peleas absurdas y sembrar cizaña entre la buena gente.

En estos tiempos de penurias, vacas flacas y fines de mes difíciles en los que cada uno de nosotros se ve reducido a las sobras cuando no obligado a mendigar el pan en la calle para mal que

mal subsistir, no nos vamos a cansar de repetir cuánto necesita un perro primero que nada una alimentación sana y equilibrada para mantenerse, desde todo punto de vista, en buen estado. Quinientos gramos de carne fresca todos los días, ciento cincuenta gramos de verdura y la misma cantidad de pastas o arroz más una cuchara sopera de aceite de oliva y veinte gramos de levadura de cerveza, y si uno quiere puede agregar una yema de huevo tres veces por semana, eso bastará para mantener a nuestro fiel compañero en perfecto estado; así, salvo algún cambio de humor siempre posible pero por lo general sin mayores consecuencias, cortaremos de cuajo cualquier rencilla con el vecindario y otros disgustos con los lunáticos de este pueblucho.

Si nos tocara vivir con un lobo en la ciudad, entonces reforzaríamos la parte cárnica de su dieta alimentaria y, en cuanto al curso ordinario de las cosas, reaccionaríamos de la misma manera que con el perro, desdeñando los excesos de maldad,

chismes y calumnias que a veces puede provocar tamaño compañero entre la gente de mente estrecha.

SIN VALOR  
COMERCIAL

## Restricciones

Desde hace algunos días cuesta un huevo y la mitad del otro procurarse un cuarto de pan o media baguette en el barrio. Hay colas y esperas interminables delante de las pocas panaderías que todavía amasan, los negocios están literalmente sitiados desde antes del alba al punto que cuando abren las puertas se arma una avalancha, un asalto multitudinario a empleadas desbordadas que se disputan a lo bruto los tres mendrugos que quedan, las últimas migas de la horneada, cuando en un santiamén desapareció todo lo poco que el pobre panadero pudo cocer con la ridícula cuota de harina que le otorgan. Y ni qué decir del precio del pan que casi se quintuplicó



desde enero, y como van las cosas pronto va a haber que desembolsar dos fangotes de diez para comprarse una baguette pequeña; dichosos entonces los desdentados que podrán conformarse con papilla de trigo como único tentempié esperando el improbable milagro de la multiplicación.

Apenas si nos habíamos acostumbrado con gran pesar a la penuria de carne roja, aves de corral y conejos desaparecidos como por arte de magia de las carnicerías, cuando las autoridades se vieron en la necesidad de imponer todo tipo de racionamiento restableciendo, es siempre una posibilidad, el uso de los tickets; perspectiva que de igual modo persiste en el aire del Ministerio de Alimentación para los productos de consumo corriente y de los cuales los ancianos guardan un recuerdo bastante intenso. El diario *Libération* recientemente autorizado a salir de nuevo una vez por semana, ¿no aseguraba en las columnas de su última edición, y ello a pesar de la vigilancia incesantemente redoblada de la censura, que ese

proyecto estaba siendo seriamente estudiado y que seguro vería la luz el próximo otoño? ¿Sólo vamos a poder contar, de acá a diciembre, con las cientos de toneladas de facochero y de búfalo enano que Burkina Faso se comprometió, dicen, a entregarnos dentro de poco a modo de ayuda mutua?

En vano las Brigadas de Jóvenes Trabajadores hostigan a desempleados, pensionados, inactivos y necesitados en las esquinas de las calles para hacer reinar una apariencia de orden y no contrariar la idea de prosperidad del país cuya propaganda asestada por los diarios y la televisión se nos repite hasta el hartazgo durante todo el día: hace un buen tiempo que todos esos miserables no escarban más la basura buscando algún alimento desechado; están desesperadamente vaciadas de toda mercadería vencida, del más pequeño hueso susceptible de ser roído una vez más. Nuestros conciudadanos no tiran nada que pueda, esto al precio de un denodado esfuerzo,

tragarse y engañar aunque sea un poco el estómago; a la noche, en la parte baja de la ciudad, familias enteras llegan a hacer hervir paquetes de alimentos o papeles grasientos en grandes ollas como puchero. Que este período de escasez se prolongue más allá de lo soportable, que la población termine decididamente extenuándose por sufrimientos y privaciones de toda clase y que ninguna autoridad pueda ya responder a nada, más que probable, parece seguro.

Indudablemente, a pesar de las caras tristes y alargadas, en este momento reina una llana calma, debo advertirlo con claridad. Pero ¿qué concluir? ¿Quién puede decir qué nos deparará el destino?

## Corrida

“Vivir sin torear no es vivir”; hacía ya un buen tiempo que lo escuchaba machacar siempre con la misma cantinela. Te hacés el bocho solito con tus historias de tauromaquia, me empeñaba en repetirle, y es malo para la salud; hace ya años que lo dejaste, ¡la verdad que a tu edad podrías pensar un poco en otra cosa! No daba el brazo a torcer, “Vivir sin torear...”. Tampoco me sorprendió mucho que, luego de recompensar al mozo con una suntuosa propina y como nos disponíamos a levantar campamento, de golpe y porrazo me tirara: “Estate en casa a las cinco en punto, ya vas a ver, esta tarde retomo los hábitos”.

A la hora pactada me planto frente a su edi-

ficio donde un puñado de partidarios anticorrida que la policía municipal mantiene a distancia blande dos, tres pancartas al grito de “¡Asesinos!” mientras desembarcan algunas caras conocidas tan intrigadas como yo. Apuramos los saludos, subimos los peldaños de la escalera caracol de cuatro en cuatro para llegar respirando como focas a un departamento vaciado de muebles salvo por unas sillas plegables en las que nos invita sin rodeos a tomar asiento. Volvió a ponerse su traje de luces; *montera*<sup>1</sup> en mano parece más encorvado que nunca con esos diez kilos de bordados dorados sobre la espalda; pero mantiene el buen porte, hay que reconocerlo.

Quedamos todos sobresaltados, algunos francamente estupefactos, cuando de repente se abre la puerta de la cocinita y se libera en el living a una bestia de una media tonelada ya enfurecida

<sup>1</sup> Las palabras en bastardilla de este relato figuran en español en el original (n.d.t).

por tres pares de banderillas que le laceraban la cruz. La mujer de nuestro amigo, también en el colmo de la exaltación, pone entonces al mango *Paquito Chocolatero* en un tocadiscos infernal. Escalofríos de angustia...

Durante quince minutos, frente a un toro al que le falta un poco de brío, agresivo, que da cabezazos y vuelve peligrosamente sobre sus pasos, nuestro amigo lleva adelante su danza inmóvil con la mayor elegancia posible, camuflando su avanzada edad bajo la extrema discreción de su gestualidad. *Derechazo*, *bandera* e incluso la *orticina* inventada por el célebre Pepe Ortiz, maneja la muleta como las alas una mariposa, sus pases son tan deslumbrantes que nos dejan boquiabiertos. Llama al toro, la bestia carga, como con un instante de sospecha fijo en la base de sus cuernos, y se dispone entonces *a recibir* una pasmosa estocada que termina cerrando en medio del delirio esta corrida extravagante y seguramente histórica. ¡Asombroso éxtasis!

Nos vemos el sábado que viene, no, el otro; nos reencontraremos todos, prometido, alrededor de un buen estofado de toro y algunas botellas de Marselan.

SIN VALOR  
COMERCIAL

## Piel

Ocurre que como no sé más qué hacer con mi piel me despellejo vivo, luego la pliego con cuidado y la coloco en el respaldo de una silla; me siento de pronto liviano así liberado de toda apariencia y puedo entonces encarar el día con el pie derecho. A veces de verdad no hace falta mucho, muy insuficiente estratagema, para pasar de estar tristón a la mañana delante del espejo a estar en cinco segundos reconciliado con la vida y, tras dar un portazo, listo para sanas locuras.

Conocí a algunos graciosos que cambiaban de piel como de camisa, de acuerdo a las circunstancias, y no veían que eso no conducía a nada, ya que es claro que conviene mostrarse de carne



y hueso, el corazón al descubierto y con él todo el resto, con total simpleza. Algunos cambian de piel todos los días o casi sin sospechar que bajo lo que toman por una nueva manera de ser se manifiesta el alma repugnante del reptil o el instinto salvaje de la fiera. ¿A ese punto ignoran que bajo esas pieles falsas hace como un siglo que ya no engañan a nadie?

Desde luego, durante esas jornadas despellejado vivo en las que mi viejo cuero cruelmente curtido por las vicisitudes de la existencia permanece en reposo sobre la silla de casa, todo lo que me moviliza de verdad se manifiesta en cada esquina; candor o vileza, discreción o voracidad, saltan a los ojos para cualquiera como una evidencia y no puedo disimular en nada los sentimientos que experimento, todavía menos fingir los que no tengo. De lo que resulta a veces alguna incomodidad, algunos andan equivocados durante largo tiempo con respecto a mi persona, desconociendo en extremo quién soy, y como siempre

me imaginaron bien dispuesto a sus consideraciones, ahí están violentamente contrariados por descubrir de pronto que tengo desde hace tiempo poca estima por ellos. Al contrario, otros que me trataban con frialdad porque encontraban en mí indiferencia y desdén, al mostrarme como soy, cuando me ven interesado por ellos y por sus opiniones al tiempo que atento a expresarme con deferencia, no me dejan ni un segundo para respirar de tanto que me apremian con sus ganas de manifestarme reconocimiento y amistad.

Estoy obligado a confesar que a veces esas horas pasadas recorriendo la ciudad solo con mi alma en bandolera y sin caparazón para protegerme del juicio siempre temerario de los otros eran un poco agotadoras. Ya de vuelta en casa me vuelvo a poner la piel, a veces por mucho tiempo; el mundo no está listo, ya lo ven, para tolerar sin chistar todas nuestras verdades.

## Rastrillaje

¡Tacataca, tacataca, tacataca! en medio de la noche. Pensamos primero en alguna escaramuza entre las fuerzas paramilitares para el mantenimiento del orden y un comando de jóvenes patriotas que escaramuzan sin parar desde hace varias semanas contra las diferentes policías del poder, la mayoría de las veces favorecidos por la noche, aprovechando que la municipalidad tuvo que renunciar recientemente a la iluminación pública por cuestiones económicas. Pero desde esta mañana parece que empezó de nuevo; tiros esporádicos que ciertamente podrían presagiar el regreso de los juegos de kermés en el bulevar. ¡Vaya a saber!, tal vez tiran por tirar. Igual noto la

calle muy desierta para un día de mercado, los pocos transeúntes como presurosos por volver, y rozando paredes, con pinta de intranquilos.

Apenas un mes después, en pleno centro, frente al Rivoli, una dura refriega durante la cual dos milicianos habían sido heridos había dejado una decena de jóvenes muertos sobre el pavimento, a otros los metieron rápido adentro y no dieron desde entonces ni el más mínimo signo de vida, y todo eso ya a plena luz del día. Parece entonces que la situación se tensiona y que los oponentes más radicales ya no temen operar a la luz del día en ciertas circunstancias, desdeñando todos los peligros, así de descarnada es su determinación de terminar lo más rápido posible con este régimen. ¿Acaso toman conciencia de la posición crítica en la cual se ubican la mayoría de las veces, y que sólo pueden contar con el apoyo tácito de una población poco dispuesta, por el momento, a darles una buena mano?

Al volver de compras, su mísera bolsa con puerro y papa bajo el brazo, la costurera del segundo

me informa entre una puerta y otra que empezó el rastrillaje del barrio, prelude indudablemente de una peinada de gran envergadura. Otro día más en el que lo más prudente va a ser encerrarse entre cuatro paredes y ni siquiera esperar la hora del toque de queda y blasfemar en el fuego interno contra los nuevos contratiempos que impone la época. Siempre podremos ponernos en cuatro patas, y con el cepillo de crin, sacar buen brillo a las baldosas, dar lustre a los cobres colgados en la pared hasta volverlos resplandecientes como soles del atardecer, lustrar los cueros e incluso, por qué no, pintar el techo de nuevo. Quizás, parado frente a la ventana, releer todo Thomas Bernhard para motivarse. A los desgraciados que se vieron forzados a poner un pie afuera les convendría mantener perfil bajo, portarse bien y acreditar la identidad en cada esquina y con el mayor detalle.

Decidí por mi parte pasar tranquilamente en limpio todas mis notas y diversas observaciones

relativas a este día tan particular para hacer llegar lo más rápido posible un reporte detallado a los responsables de la Organización, tratar también de conseguir que se envíen al frente instructores capaces de canalizar las jóvenes energías, evitar acciones dispersas, a veces irreflexivas, ahorrar tanto como se pueda pérdidas inútiles a los insu-  
midos y calmar así la irritación de una franja de la población desconcertada por esas ayudas des-  
ordenadas y sin futuro. Seamos pacientes.

SIN VALOR  
COMERCIAL

## Retorno

No era agradable encontrarse de pronto en las cercanías de la Bolsa, tampoco en el largo perímetro de sus alrededores, a menos que uno quisiera hacerse cortar en pedacitos por los batallones de la así llamada Policía del Pueblo que, tras haber dispersado sin aflojar una aglomeración de unos mensajeritos indefensos arruinados por la debacle bursátil, perseguían en las calles adyacentes a los pobres tipos que habían tenido la alocada presunción de dar crédito a las grandiosas promesas del poder, que se soñaron demasiado rápido rentistas y hoy están sin techo y condenados a la sopa popular o por ahí anda. Era gracioso ver a los yupis que ayer todavía se apasionaban con

el nuevo sistema tanto como con ellos mismos, aduladores intrépidos de los más retorcidos jefes y cantores de las causas más abyectas, perseguidos como vulgares aves de corral y masacrados contra el pavimento por malandras de la PP, que de verdad no se guardan nada, es lo menos que puede decirse.

Martin y yo pasábamos precisamente por ahí cuando uno de esos pequeños mercachifles, respiración entrecortada y occipucio al alcance de la cosa, vino a arrojarse como último recurso a nuestros brazos para escapar de sus perseguidores. Con la piel de gallina, el pobre sólo pudo balbucear un vago pedido de socorro escupiéndonos profusamente la cara, de tan en el horno que estaba. El espectáculo de ese desgraciado en plena debacle nos inspiró de todos modos una pizca de compasión y fue Martin y no yo, fértil como nadie en astucias y estratagemas, quien se dispuso finalmente a sacarle con extrema precisión las papas del fuego. Cuando pasó el momento de terror, ya



alejado cualquier peligro inminente, nos mandamos sin demasiados aires de grandeza por el primer callejón que apareció y, apurando el paso, llegamos enseguida a la rambla por un laberinto de pasajes uno más discreto que el otro arrastrando con nosotros a nuestro nuevo recluta hecho bola.

Como la cita en la Fritería-bar Brunetti donde tenía que encontrarme con uno de los nuestros era a las cinco, y como ya estábamos cerca, nos quedamos por ahí en una mesa con un vaso de vino para recuperar la compostura. El buen hombre, que seguía bañado en sudor, no tardó mucho en desembuchar sus miserias. De hecho era un distinguido poeta, un erudito laborioso y sutil que defendió una tesis sobre *La teoría del principio de la existencia dinámica*, que impartió para sociedades sabias diversas ponencias sobre *Los nombres de animales y de plantas en la poesía amorosa de Heinrich von Morungen*, ¡y yo que sé qué más! En resumen, nada que ver con esos lamentables retrasados con inclinación a chirlos y golpes ba-

jos que por lo general enrola el régimen y que terminan enriqueciéndose no se sabe cómo. No, sólo que en una mala racha había intentado salir del paso haciendo tejemanejes como corredor de Bolsa, un bello jackpot lo había impulsado a hacer chanchullos inmobiliarios y, para terminar, tras haber renunciado a la poesía, había hecho completamente la plancha en los negocios, de ahí su apoyo ciego al poder de turno. Y ahí andaba aguantándose con gran esfuerzo las lágrimas mientras nos contaba esto.

Desde entonces fue un juego de niños hacer que volviera a las duras realidades del momento, abrirle los ojos sobre la verdadera naturaleza de nuestros dirigentes y llevarlo a cruzar el Rubicón para enrolarse en nuestras filas en la clandestinidad. A las cinco en punto, cuando llegó mi contacto, los presenté; luego de un breve intercambio muy simpático, se decidió en el acto que se uniría a la sección del tercero desde el sábado. Buen tipo, para hacerla corta.

## Martin

Martin desembarca esta mañana como quien no quiere la cosa, lo convocaron a ir con suma urgencia a la comisaría central para aclarar una especie de intrínquilis que lo involucraba; su mano temblequea cuando me alcanza una notificación oficial que lo invita a hacerse presente ya mismo. Como no está para nada tranquilo, quisiera que lo acompañara. Evidentemente es un baldazo de agua fría, le digo así en chiste, sobre todo por los tiempos que corren, entendés... Pero a fin de cuentas, Martin es un viejo amigo de copas, así que no me hago rogar más, me pongo el sobretodo, me clavo el sombrero gris y ahí vamos los dos caminando hacia la otra punta de la ciudad; ya

que desde hace poco la nueva comisaría central se acomodó a sus anchas en el barrio pituco.

Haciendo camino nos esforzamos por repasar todo tipo de metida de pata y hasta los más mínimos desacatos de la estricta aplicación de las leyes y reglamentos por los cuales podría encontrárselo culpable y por considerar las posibles consecuencias. Martin no tiene auto, tiene la manía de procurarse escrupulosamente su boleto cada vez que le toca tomar el subte y ello a pesar de lo costoso de los trayectos. Siempre pagó constante y sonante la pensión alimentaria de su ex mujer aunque ésta se encuentre a resguardo de necesidades, jamás se atrasa ni un día en el alquiler pagando en tiempo y forma a su propietario, en fin, no es el tipo de trasnochado que anda gritando lo que todo el mundo piensa por lo bajo en este momento. Para hacerla corta, Martin, a pesar de su lado anarco, siempre dijo amén a todo.

En el *Mal Sentado* donde hicimos una pausa para celebrar la ocasión, me confiesa, diluyendo

delicadamente el vino gota a gota, que se acuerda haber cruzado anteayer la avenida Thiers fuera de la línea peatonal, a la altura de la calle Jean-Bouise, yendo a la peluquería. “Decime, Jean Valjean, ¿no te habrás robado un pan vos también?”; al menos el chiste distiende un poco el ambiente, largamos con otra breve ronda, él con su sempiterno vaso de *beaujolais*, yo con mi balón de *mâcon*, y para alegrarlo definitivamente, te voy a armar por lo bajo, le digo, ¡el cigarro del condenado! Diez y diez, es hora de rajar.

Dejé a Martin a las once menos veinte clavadas en la entrada de la comisaría central. Pispé un rato los innumerables negocios de antigüedades de alrededor, leí el diario de pe a pa, me comí una porción de pollo a la mostaza y una salsa de queso en el último servicio de la barra del café de enfrente (la cuenta un tanto salada), me la pasé hueveando así toda la tarde a la espera de que Martin terminara de esclarecer con estos señores un hipotético enredo: nunca lo volví a ver.

Esta noche, al sacar la basura, como me encuentro una vez más con la costurera del segundo en su palier (esa que se hace siempre la informada y conoce todo lo que sucede tras bambalinas) le digo dos palabras sobre mi extraña aventura para ver qué pasa. Entonces entre puerta y puerta, con la mirada de pronto inquieta y bajo juramento de guardar secreto, me asegura que Ellos han decidido en estos últimos días hacer desaparecer del sesenta al setenta por ciento de los Martin. Luego entra precipitadamente a su casa y da doble vuelta de llave.

Me quedo ahí plantado un instante, completamente helado, preguntándome por la suerte que correrá este pobre Martin y maldiciendo la época. Debo admitir que los Martin invaden un poco la cartilla telefónica. Hay realmente muchos, es cierto; ¡pero igual!

## Jazzman

Con su corazón de jazzman y sus pulmones globo-aerostáticos, el vecino músico es capaz de soplar en tres trompetas a la vez, además mucho no se reprime y nos endemonia a todos al ritmo de Armstrong día y noche. Nuestros tímpanos no le preocupan mucho que digamos, hasta las paredes empiezan a rajarse por el huracán. Todo el edificio vacila sobre la base y amenaza con exhalar el último suspiro dentro de poco si ese zafarrancho continúa. Algunos aterrorizados, otros con los nervios de punta o conmovidos por terrible vértigo, todos se esmeran con ardor por superar la prueba reprimiéndose cualquier comentario mínimamente descortés hacia el temible virtuoso.

La fanfarria de las bellas artes, sus cobres y sus címbalos manejados con desenfreno todos los domingos a la mañana en nuestras veredas por una juventud en plena efervescencia, es puro bla bla que sólo sirve para bailar shimmy, más o menos como nuestros conciertos diarios; si la Patrulla de Francia sobrevolara el barrio a ras del suelo, se haría notar menos, incluso vivir los bombardeos aliados en el cuarenta, cuando nos refugiábamos en el sótano, de algún modo era menos estresante. Hay que reconocer que esta historia cobra ahora dimensiones alucinantes.

Entiendo bien lo que algunos quieren decir cuando se encogen de hombros frente a mí, levantan la mirada al cielo y se dan media vuelta, marcándome de ese modo una muda desaprobación: sería un pobre viejo gruñón encerrado entre olores a naftalina y a tabaco podrido de una época pasada, incapaz de apreciar la música o de tolerar al vecindario por mucho tiempo; sería un bueno para nada, y más nada. Vengan a pasar tres días a casa, a



dormir en mi sillón dos noches, entenderán rápido qué tipo de abnegación exhibimos, qué estoicismo nos mueve a soportar sin quejarnos, a no llamar a la ambulancia ni a los bomberos, sólo eso les digo.

No, formamos un bloque en el edificio contra cualquier tentación de oponerse a la impetuosidad delirante de nuestro desgraciado músico, de contrariar ese tipo de locura que es la única, por ahora, que pareciera ayudarlo a sobrevivir.

Un día de febrero pasado a su hijo de diez años, a su único hijo, se lo llevó una violenta fiebre incluso antes de que el médico llegara a su lecho. Desde ese día sopla la trompeta como para reventarse el corazón que hasta ese entonces tenía bien aguerrido; seguro que para morirse o para matarnos a todos. Nos la aguantamos, cada uno domina su exasperación, se reprime las ganas de gritar por el hueco de la escalera *¡Pará con eso!* Por piedad tal vez, o más probablemente por compasión por ese hombre que sufre tanto, a fin de cuentas mucho más que todos nosotros juntos.

## Música

Se acabó, desde hace más de un mes las ratas dejaron sus zarabandas en las alcantarillas para venir a hacer sus comilonas en la calle, ya no se esconden más ni siquiera las cucarachas y afrontan impunemente la luz del día y su olor fétido infecta hasta el aire de los barrios más bellos, y bastante más allá, las afueras, los campos de alrededor, donde el diablo perdió el poncho, el final del horizonte, todo a fin de cuentas. Es un milagro que todavía podamos respirar. Milagro también que los vaivenes ruidosos de la vida persistan en medio de esta montaña de mierda.

Hace ya tres semanas que todo el mundo se atrincheró detrás de los postigos permanente-

mente cerrados con la alocada esperanza de escapar tanto como se pueda de esta pestilencia; todo para nada, tanto es el hedor insostenible subiendo del pavimento todavía húmedo por las últimas lluvias que como agua en la arena se insinúa por todas partes hasta infectar los restos de carne estofada en los platos. Y cuando, acá o allá, una o varias de esas montañas de inmundicias que desde hace lustros cubren la ciudad son quemadas, en general de noche, por manos malintencionadas o por algunos ribereños excedidos e irresponsables, los bomberos, ampliamente desbordados de trabajo, no intervienen con presteza y entonces una espesa nube tóxica ennegrece irremediablemente las fachadas, enchastra hasta el último cuarto de luna del fondo del cielo.

En algunas callejuelas particularmente estrechas del barrio viejo andan diciendo que esas toneladas de detritus acumuladas duro y parejo durante una eternidad apenas permitirían el paso para entrar a los edificios y, en ese estado

de cosas, la circulación de autos se habría vuelto imposible. Pero no dicen que sería en vano, en otros lugares, querer asomarse a los balcones de los primeros pisos: montones de bolsas de basura abiertas que suben hasta los balaustres. Y eso para no hablar de que en sectores como la avenida de la Victoria, o el interminable bulevar de la Revolución Nacional que lleva a la estación, apenas si un auto pasa a otro, cuando no circulan por una sola fila, de a uno, como en una fosa cavada entre los desperdicios; eso lo vi clarito con mis propios ojos.

La situación se degrada semana a semana, empeora hasta pronto hacernos tocar el fondo de la repugnancia, el asco se vuelve universal y la incuria de los poderes públicos para aliviarnos de esta calamidad es tal que ya no esperamos ningún socorro de nuestros dirigentes que, por ignorancia, cobardía, o demasiado ocupados en dudosas transacciones, parecen haber renunciado para siempre a combatir seriamente el asunto. Lo

que más tememos ahora es la aparición de leptospirosis en la población a causa de esas hordas de ratas en nuestras calles, una contaminación de las aguas por la dioxina y, más angustiante todavía, el regreso del cólera que numerosos médicos en el seno del Consejo de la Orden, y no los menos importantes, consideran como ineluctable en el mediano o largo plazo si nada mejora sensiblemente dentro de poco.

A este apocalipsis terminó reduciéndonos este régimen cuyo jefe igual sigue prometiéndolo y el moro al pueblo en sus incesantes fantochadas por el interior ante parterres de milicianos limitados y de adeptos conquistados, incluso ante un grupo de trabajadores estupefactos.

De una ventana audazmente entreabierta sobre ese abismo me llegan, es extraño, pequeños fragmentos de música —fugas a veces, sonatinas otras; así, peste y opresión de lado, alguien del vecindario todavía encuentra fuerza y ocupa sus días tocando el piano. Entonces no todo está per-

dido, me digo, y de alguna manera, con ese vuelo de notas en la calle, sigue el combate hacia la liviandad y la luz.

SIN VALOR  
COMERCIAL

# Indice

Colación	9
Paso del tiempo	11
Monstruo	14
El candidato	18
Entre hombres	21
La escalera	24
Líder	27
No pasa nada	29
Una jornada del todo banal	33
La Organización	36
La Quinta República	40
Un jueves en el jardín	43
Un día así	46
El vendedor de puntillas	50

Noticia falsa	52
En la vereda del café	55
El camarín	60
Cangrejo	62
Iremos a buscarlos	66
El vecino	70
El mundo es brutal	72
Cabeza	76
Infartos	79
El tiempo pasa	83
La vida de artista	86
Juegos florales	90
Fuerzas especiales	93
Fuego	96
Los acontecimientos	100
Entierro	104
Puerta a puerta	108
Leer	111
Indiferencia	115
Resistencia	119
Un tipo macanudo	123



Terreno baldío	127
Razias	132
Ejercicios de intimidación	136
Malamute	140
Restricciones	144
Corrida	148
Piel	152
Rastrillaje	155
Retorno	159
Martin	163
Jazzman	167
Música	170

